

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 28 DE ENERO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El vaso de alabastro

Mr. Richard Neale Skinner, A. I. C. E., F. R. G. S. y F. A. S. E., lo cual, como se sabe, quiere decir que por extenso y en castellano, socio de la Institución de Ingenieros Civiles, miembro de la Real Sociedad de Geografía

y miembro de la Sociedad Anticuaria de Edimburgo, es un ingeniero escocés, jefe de sección en el Ferrocarril del Cairo a Asuán, donde se encuentran las famosas represas del Nilo, junto a la primera catarata.

Si menciono sus títulos y su empleo es porque se trata de una verdadera presentación; pues Mr. Neale Skinner hállase entre nosotros desde hace una quincena, procedente de Londres, y me viene recomendado por Cunningham Graham, el grande escritor cuya amistad me honra y obliga.

Mr. Neale, a su vez, me ha pedido esta presentación pública, porque el viernes próximo, a las 17.15, iniciará en un salón del Plaza Hotel, su residencia, algunas conversaciones sobre los últimos descubrimientos relativos a la antigua magia egipcia, y desea evitar que una información exagerada o errónea, vaya a presentarlo como un charlatán en busca de sórdidas conveniencias. Sabiendo el descrédito en que han caído tales cosas, adoptará, todavía, la precaución de no invitar sino personas calificadas y que posean algunos conocimientos históricos sobre la materia (basta con algo de Rawlinson o Maspero); por lo cual, los interesados tendrán que dirigirse a él en persona. Mr. Neale habla correctamente el francés.

Nada tan distinto, por lo demás, de esos barbinegros magos cuya manida palidez frecuenta los vestíbulos internacionales, arrastrando la admiración en el



prosaico estudio de nuestras maderas fuertes, que la administración ferroviaria egipcia propónese ensayar para el asiento en terrenos pantanosos.

Claro es que a poco andar, y como nuestro huésped me manifes-

ta su intención de disertar sobre la magia egipcia, ya estaba yo preguntándole por los últimos descubrimientos que han enriquecido la arqueología con desusada profusión: —En Egipto, hábame dicho él mismo, todo el mundo es un poco arqueólogo. Y retomando el hilo de su pensamiento: —La arqueología se vuelve *allá* una tentación irresistible.

El rumoreo de un joven y animado grupo que cruzaba el *hall*, cortó un momento su palabra.

—Yo tardé bastante, prosiguió, en apasionarme por los descubrimientos. Eso tenía que venir, pero a mí me ocurrió en forma distinta de la habitual.

Era yo un cazador entusiasta, y no ocupaba mis astuetos en otra cosa, cuando cierto día tuve la ocasión de salvar, mediante un tiro certero, a un muchacho egipcio, desertor de la caravana del Sennaar, que bañándose en el río había caído presa de uno de esos cocodrilos, casi legendarios ya, pero que viven aún más allá de las cataratas: verdaderos monstruos que vale la pena ir a buscar, haciendo algunos centenares de kilómetros.

Aunque salió con su brazo izquierdo casi inutilizado por la terrible mordedura, Mustafá, mi protegido, guardóme aquella inagotable gratitud, característica del musulmán, sobre todo cuando cree deber el favor de la vida; pues, entonces, sólo considera

Tampoco hay nada de *oculto* en el viaje de Mr. Neale. Trátase de un



redimida su deuda mediante un favor igual. Exageraba todavía su afición por mí, el hecho de haberlo tomado a mi servicio, para aliviar de tal modo la desgracia de su mutilación.

Fué él quien, de vuelta a mi puesto, que era entonces Esné, la antigua Latópolis de los griegos, despertó mi curiosidad, regalándome dos joyas antiguas, sumamente curiosas: un gavi-lancito de oro esmaltado y un sello de cornalina, que cifrado con el *onj* jeroglífico, o sea la palabra *vida*, es un amuleto de preservación.

Inútil cuanto hice para averiguar la procedencia de aquellos objetos—ciertamente raros entre las chucherías arqueológicas de la explotación habitual—incluso el recuerdo de la ley que castiga el tráfico y la ocultación de antigüedades valiosas. Mustafá se evadía con las exclamaciones árabes de cajón: «¡Quién puede saberlo! Que Allah compadezca mi ignorancia». O bien: «¡Sólo Allah es omnisciente!»...

El caso es que esos *felahs*, cruzamiento de árabe y de egipcio, saben y callan muchas cosas, a despecho de la opinión corriente. El sentimiento nacional que parecía dormido en aquellos naturales, acaba de causar a mis compatriotas más de una sorpresa.

Nativo de Esné, que es una de las estaciones de la caravana en la cual se enganchó para ir a caer víctima del cocodrilo, Mustafá es muy experto en excavaciones arqueológicas, pues la mencionada ciudad hállase a unas veintiocho millas tan sólo de la antigua Tebas. Y él, como peón de numerosos exploradores, había hecho, por decirlo así, toda la *carrera*.

Desde que, niño aún, conchabábanlo para que animara a los jornaleros, cantando, tal cual los vendimadores homéricos en la descripción del escudo de Aquiles, hasta que, mayorcito, cargaba las espaldas de escombros, y ya adolescente, manejaba el azadón, su experiencia llegó a ser grande en la materia.

Poseía, lo que es también un don de su raza, el discernimiento de los indicios imperceptibles; pero lo rudo de la tarea y lo mísero del jornal, acabaron por inducirlo a cambiar de trabajo, enganchándose en la caravana, donde tampoco pudo aguantar la faena realmente atroz de camellero. Es un temperamento sensible, de una delicadeza superior a su medio. Así, de doméstico, pasó a ser luego mi ayudante.

Cuando me persuadí de que no averiguaría la procedencia de las joyas, quizá ignorada, en suma, por el propio Mustafá, entré a interrogarlo estrictamente sobre las tumbas faraónicas que han dado tanta notoriedad al famoso Valle de los Reyes, desde el descubrimiento, ya un tanto lejano,

del estupendo sepulcro de la reina Hatshepsut. Tras largos rodeos, adquirí la seguridad de que conocía más de un derrotero importante; pero jamás accedió a revelármelos, no obstante la visible afición en que lo ponían mis ruegos.

—Te causarías, afirmaba, irreparable daño.

Y después, con solemnidad:

—Nunca seas el primero que penetre en las tumbas reales. No inquietes con la violación a los guardianes de la entrada. Nadie escapa al enojo de los reyes.

—Sí, sí, dije yo entonces, bromeando. El conocido cuento de la venganza de la momia.

Con gran sorpresa mía, el jovial Mr. Neale permaneció grave. Miró un momento la ceniza de su cigarro...

—Es que algo hay de cierto, afirmó con sencillez.

—¡Cómo! usted sostendría... interrumpí, esbozando un vivo movimiento de incredulidad.

—Yo nada sostengo. Narro lo que he visto y nada más, replicó mi interlocutor sin cambiar de tono.

Luego, calmándome con un ademán:

—Juzgará usted mismo. Pero le ruego que me deje proceder con cierto orden. Tengo el hábito de los informes técnicos... y fastidiosos, creyó deber añadir con una sonrisa.

Visitando un día con Mustafá el hipogeo de la reina Hatshepsut, donde estudiaba *in situ* la mejor escritura jeroglífica, la clásica, diríamos, que corresponde, para mayor ventaja, a los gloriosos tiempos de la décima octava dinastía, pues no hay libro comparable en claridad, tamaño y color, a esos vastos muros verdaderamente *iluminados* de historia, recordaba a mi ayudante, menos por interesarlo que por complacerme, diciéndome a mí mismo, la biografía de aquella soberbia emperatriz, incomparable estrella de su cielo dinástico.

Y con la aproximación quimérica que a través de los siglos sugieren allá las necrópolis intactas, donde han subsistido en la imperturbable serenidad hasta las flores de hace tres mil años, creo que infundí una especie de entusiasmo personal, tal vez de cierto vago amor, a la expresión con que dije:

Divina reina, heroína y mujer, que vence como un faraón, hasta adquirir el derecho de inmortalizarse con la desnudez viril y la barba de oro de las estatuas triunfales, y al propio tiempo envía una flota que le traiga a su jardín, para envolverse en sahumerios como una deidad, los sicomoros de incienso del País de las Aromas. ¿No es de una coquetería realmente imperial esa expedición a la costa turífera de los actuales somalíes, y esa avidez suntuaria con que manda sacar a tanto costo las piedras preciosas, los metales nobles, las maderas finas, el lapislázuli y el marfil; y todavía la construcción de aquella tumba prodigiosa, cuyas galerías de casi doscientas yardas se hunden cerca de noventa en la roca viva de la montaña sepulcral?...

Entonces Mustafá, con un acento y una penetración psicológica que no le conocía, dijo:

—Pones en tus palabras tanta pasión, que te libras indefenso a todas las influencias. Por eso no quiero conducirte a las tumbas reales. Aunque te rías de mí, lo cierto es que los antiguos pusieron *espíritus materiales* para guardar la entrada. Son los vengadores siempre despiertos. Cada cual tiene su modo de ofender, pero todos matan. En poco más de un año que duró la exploración de este sepulcro de la reina, hubo dos suicidios entre los exploradores.

Sólo más adelante comprendería yo aquella expresión que me pareció absurda, de *espíritus materiales*, empleada por Mustafá, extraordinariamente locuaz ese día; pero su competencia en excavaciones realizóse ante mí con la insospechada agudeza que acababa de revelarme. Así, cuando algún tiempo después me escribió el secretario de lord Carnarvon, a título de F. A. S. E., para solicitarme ayuda en las exploraciones del hipogeo de Tut-Anj Amón, que iban a empezar, creí hacerle, en la persona de Mustafá, la mejor recomendación de un buen práctico.

—De modo que usted asistió... empecé.

—Efectivamente. Debí a esa circunstancia la invitación de asistir a la apertura.

—¿Entonces opina usted que el tan comentado fallecimiento del lord fué, como se dijo por fantasía, una consecuencia de ese acto?

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

—Repítale que voy a narrarle lo que pasó y nada más.

Cuando se dió con el hondo pozo que conduce a la puerta de la cámara mortuoria, mi ayudante, a causa de su invalidez, no pudo tomar parte en la extracción de los bloques de piedra que lo obstruían, ni descender como el lord, los invitados y los dos jornaleros agregados al grupo, en las *cufas* o espuestas egipcias. Estaba pálido, aunque impasible, y sólo creí notar que me señalaba con los ojos a la atención de uno de los jornaleros prontos a iniciar la bajada: hombre maduro ya, pero vigoroso. Luego, acercándose con respeto:

—Olvidabas el talismán, dijo, entregándome el sello de cornalina.

Efectivamente, habíame ocurrido eso al substituir mi traje habitual por el recio vestido de campaña que es menester adoptar para los descensos, y que constituye una de las torturas de esa angustiosa operación.

Quien no lo ha realizado, tampoco puede apreciar lo que significa el deslizamiento, en gran parte al tanteo, por las dilatadas galerías donde el aire confinado durante siglos, el polvo impalpable y la temperatura de horno, prolongan hasta la agonía una desesperante sofocación.

Nada más distinto del maravilloso paseo arqueológico que sugiere al lector la narración del descubrimiento. El descenso del pozo sepulcral es peligroso, además de siniestro. Hay que precaverse mucho de las rozaduras contra los cantos filosos de las paredes, pues bajo el clima de Egipto, la más pequeña herida puede acarrear consecuencias funestas.

Obligado usted a reducir su equipo para deslizarse entre los derrumbes casi infaltables que ha producido por presión y desnivel el paulatino desmoronamiento de la montaña, su reducida caramañola sólo alcanza a disimular la sed provocada por una transpiración excesiva. Pero, lo más atroz, es el recio traje que debe uno conservar para no herirse, y en previsión de la salida con retardo bajo uno de esos bruscos fríos que sobrevienen en los arenales apenas declina el sol: otro de los riesgos peculiares a la comarca. Dijérase que, hundido en la fúnebre excavación, lleva Ud. sobre los hombros todo el peso de la siniestra montaña que vió al entrar, como descolgándose en denso manto de arena sobre las tumbas enterradas a su vez bajo la infinita desolación de aquel Valle de los Reyes.

Pero el prodigio de la tumba descubierta era tal, que hubiera valido, aún, mayores penurias.

No voy a ensayar su descripción, ni a recordar la ilustre comitiva; cosas popularizadas, por lo demás, en todos los *magazines*. Sólo le diré que la

apertura de las cámaras del mobiliaje, inmediatamente anteriores a la del sarcófago, fué un deslumbramiento.

Figúrese que ocho meses después no se había acabado de inventariar el contenido en muebles, estatuas, adornos y vajilla. No se recuerda hallazgo más valioso, desde el que se hizo con el hipogeo de la reina Hatshepsut; y ese Tut-Anj-Amón, su descendiente, resultaba digno, por cierto, de clausurar el victorioso período de aquella décima octava dinastía, con que los reyes tebanos dieron a Egipto su máximo esplendor hace más de tres mil años. La extenuación de largos meses de tarea, que en los últimos días llegaba a doloroso agotamiento, desvaneciése ante esa maravilla casi eterna.

Nunca se agradecerá bastante la munificencia con que lord Carnarvon puso toda su fortuna en tal empeño, costoso como ninguno, además, y el entusiasmo, el esfuerzo, el desinterés con que le sacrificó su propia vida. Pero vuelvo a mi estricta narración.

Llegaba el momento, entre todos solemne, de derribar el último tabique, asaz ligero, por cierto, que nos separaba de la cámara del sarcófago. Es siempre algo lúgubre, y hasta no exento de cierta inquietud, esa profanación de tan largo sueño...

Cuando apareció, pues, tras el polvo lentamente desvanecido del postrer azadonazo, en la vaga obscuridad, más bien teñida que alumbrada por los haces eléctricos, la celda ritual con su enorme féretro solitario, fué como si desde su bajo y estrecho ámbito de cueva nos diese en la cara la respiración de la sombra. Algo inmensamente augusto nos sobrecogió.

Pero ya lord Carnarvon trasponía esa última puerta. Era su derecho, tan justamente ganado. Dió una rápida vuelta por la cámara mortuoria, inclinóse sobre el sarcófago, sin tocarlo, y salió para dejar paso a las ilustres personas de la comitiva, pues en el estrecho recinto no cabían más de dos.

Entonces noté que del lado de afuera, es decir, donde yo me encontraba, había junto a la puerta dos vasos de alabastro cerrados con tapas cónicas de la misma substancia.

Lord Carnarvon se acercó a uno, movió, instintivamente, sin duda, la cubierta alabastrina, y ésta cedió girando, pues hallábase atornillada con la perfecta maestría de esos trabajos egipcios. Suavemente, sin un crujido, fué desprendiéndose ante nuestros ojos estupefactos.

Del tomo próximo en adelante, espere, busque los *Suplementos* del REPERTORIO; serán cosa de mucho valor. Coleccionados, le harán a fin de año un tomo de lecturas variadas y escogidísimas de 384 páginas en 4º

Mas, una sorpresa mucho mayor nos aguardaba:

¡Del vaso destapado exhalóse un vago, pero distinto perfume que refrescó el ambiente!

—Recuerdo haber leído eso con asombro, dije.

—Sin duda, repuso Mr. Neale; y yo mismo lo mencioné en una descripción publicada por la *Monthly Review*. Nadie ignora que Egipto fué el país de la química, ciencia cuyo mismo nombre parece derivar de *Chem* o *Quem*, como llamaban los hebreos a la nación egipcia, según se ve por el salmo CV: el de la recapitulación; y la flota de Hatshepsut, nos indica hasta qué punto era grande en su época la importancia de los perfumes.

Con todo, la duración de aquel cuerpo volátil resultaba extraordinaria; o mejor dicho, su cautividad de treinta siglos en una perpetuación casi inmortal. Así se me reveló el motivo de la preferencia que los antiguos griegos y romanos daban a los vasos de alabastro, para guardar perfumes. Recordará Ud. que, en griego, los preciosos vasitos perfumarios llamábanse *alabastros* por antonomasia. Sería una de las tantas cosas que Grecia y Roma aprendieron de Egipto.

Pero más extraña aún que el perfume fué la frescura que difundió en torno. Digo mal frescura, pues era más bien una especie de frío sutil, semejante al del mentol. El caso es que yo y el lord nos estremecimos bajo esa especie de helada delgadez que se desvaneció como un suspiro instantáneo.

El lord se inclinó y aspiró fuertemente con su nariz en la boca del vaso.

—Vale la pena, dijo, conservar el recuerdo de tan antiguo perfume.

Hubo en la puerta un ligero atropellamiento que llamó su atención, y yo aproveché la coyuntura para intentar lo propio.

En ese instante el *felah* a quien había hablado Mustafá interpúsose como una sombra, heciéndome con la cabeza y los ojos un enérgico signo de negación.

Por más que dicho acto me asombrara, no le hice caso alguno e insistí. Entonces, arriesgando un ademán de audacia increíble en aquellos tímidos paisanos, asió mi brazo con brusquedad, al paso que murmuraba en árabe, para que sólo yo pudiera oír y entender:

—*Atórat-el-móut!* El perfume de la muerte!

Entretanto, el lord acababa de tapar nuevamente el vaso.

Cuando, algunas semanas después, pude ver de nuevo ambos recipientes, todo se había desvanecido, y sólo conservaban en el fondo una mancha

resinosa, tan tenue, que era imposible analizarla.

Digo algunas semanas después, porque, al salir del hipogeo, el frío del desierto me hizo daño. Caí enfermo como lord Carnarvon, bien que no de gravedad.

Pero habíame impresionado mucho, al abandonar el pozo, una sentencia de Mustafá, que mientras me echaba sobre los hombros previsora manta, díjome por lo bajo, señalando al lord:

—Hé ahí el que morirá. Que Allah nos proteja!

—¿Cómo lo sabes?, increpé con sorda irritación.

—Le he oído el estornudo malo: el estornudo del chacal.

Recordé, en efecto, aquel acceso que también había oído estallar con la sequedad lastimera de un ladrido; pero repliqué, menospreciando la superstición:

—Efecto del frío. Otros hemos estornudado también.

—Cierto; pero a ti te rozó apenas el ala fatídica del vengador. Estarás bien dentro de una semana.

Y como luego, en casa, discutiera todavía, reprochándolo con sensatez:

—Es una fiebre que se explica por el excesivo cansancio, el aire confinado, la tensión nerviosa...

Mustafá pudo derrotarme una vez más, contestando impasible:

—Al dificultar el acceso de sus tumbas, los antiguos contaban con esa predisposición, que entrega rendidos los violadores a los guardianes de la entrada.

Casualidad o lo que fuere, lord Carnarvon no se levantó. Víctima de una extraña fiebre que no pudo la ciencia dominar, declaróse luego la neumonía cuyos síntomas yo también experimenté, y su fallecimiento malogró una bien útil y generosa existencia.

—Habíase hablado también de cierta infección causada por la picadura de un insecto...

—Sí, al principio, y no sin razón, porque ya le he dicho lo peligrosas que son las más pequeñas lesiones bajo el clima de Egipto. Este es, en suma, el verdadero áspid de Cleopatra. Pero la neumonía fué, al menos para mí, un desenlace concluyente. Abrigo la convicción de que lord Carnarvon aspiró la muerte en la boca del vaso de alabastro.

Así cobraba sentido la expresión paradójica de Mustafá; pues el perfume mortífero era, en efecto, un *espiritu material*, el vengador encerrado en los vasos tentadores como un efectivo *guardián de la entrada, perpetuamente despierto*. Nada, pues, de imaginarios demonios o *elementales maléficos*. La sencilla realidad venía a ser mucho más siniestra. Terrible,

en efecto, ese último sueño de los faraones cuyo reposo se aseguró para la eternidad, bajo una sentencia impersonal e inexorable como el destino!...

Mr. Neale iba, indudablemente, a proseguir; pero en aquel momento, casi rozando el diván donde conversábamos, una arrogante figura femenina cruzó apresurada el *hall*, removiéndolo como un bache de oro en polvo la mancha de sol poniente que caía desde una ventana lateral, con su magnífico tapado de kolinsky a la moda, y dejando esa ráfaga de perfume singular, que anticipa con genuina revelación el primer detalle de una verdadera elegancia.

No habíamos visto el rostro de la desconocida, que avanzando por detrás de nosotros, sólo nos reveló al pasar su gallardía y su perfume; pero mi interlocutor, enderezándose, palideció ligeramente, mientras murmuraba con sorda voz:

—*¡Atórat el mbut!*...

Seguíamosla con ansiosa mirada, cuando, ya en el pórtico, vímosla cruzarse con el propio Mr. Guthrie,

quien la saludó sin detenerse, subió a buen paso la escalinata, y advirtiéndonos casi al punto, dirigióse hacia nosotros. Regresaba del campo de golf, bastante cansado, según dijo al dejarse caer en el profundo sillón vecino.

—¿Tomaron ya ustedes el te? preguntó en seguida.

Mr. Neale, sin contestar, interrogó a su vez:

—Francis, permítame, ¿quién es esa señora?

—¿Esa señora?... —¡cuidado, Richard!, intercaló bromeando—esa señora?... La verdad es que no sé gran cosa a su respecto. La conocí hace poco en el *dancing*. Parece que es una egipcia bastante misteriosa, mejor dicho bastante equívoca... Una aventurera quizá... No sé quién me dijo —¡cuidado, Richard! volvió a intercalar riendo cordialmente y arrellanándose en el sillón—que van ya dos hombres que se suicidan por ella.

LEOPOLDO LUGONES

(La Nación. Buenos Aires).

Por qué somos tan pobres

Laboremus.
SEPTIMIO SEVERO.

LA buena política no es causa, sino efecto inevitable del funcionamiento regular de las otras actividades de la vida nacional. Cuando los aspectos económicos, jurídicos, etc., cuando todas las otras formas de la actividad de un pueblo funcionan con regularidad y eficacia, entonces, como síntesis y coronamiento del esfuerzo humano, se integra la política superior que honra a ciertas épocas y a algunas naciones privilegiadas en la historia. La buena economía, el buen derecho, la buena administración, engendraron la admirable política romana del siglo de los Antoninos en Roma; la estupeficiente organización económica, jurídica y administrativa de Inglaterra prohibió el auge fabuloso del Imperio durante el siglo XIX.

Para nosotros los mexicanos, el problema de la buena política es un corolario de la imprescindible reforma que reclama nuestra deficiente actividad nacional. En tanto que nos consagramos de preferencia a la política y la guerra, nuestra patria adolecerá de sus sempiternos males. Sólo reformando nuestra vida en diversos sentidos, obtendremos la dicha de ver armonizar en síntesis notables y orgánicas, en verdaderas construcciones humanas estables, los capítulos, hoy dramáticos y atormentados de la historia mexi-

cana. Débese buscar, a través de las agitaciones terribles del momento, el secreto del malestar rítmico y crónico de la patria. La enseñanza se obtendrá, firme y discreta, si nos elevamos sobre personalidades y situaciones transitorias a la verdad universal que entrañan.

En México se pretende vivir como se vivía en la Grecia heroica. Sólo la política, la guerra y el ocio son las ocupaciones de los mexicanos. Esto fué posible en las naciones de la historia antigua, porque aquellos pueblos subsistían sobre masas innominadas de miserables esclavos privados y públicos. Hoy, la esclavitud es imposible. Los obreros y los campesinos contemporáneos no quieren ser esclavos; no pueden ya serlo. Y como se ha modificado radicalmente la composición social de las naciones, la guerra y la política se determinan por la industria, el comercio, la agricultura, etc. Es decir, no son causa, sino efecto. No producen otros fenómenos sociales, primordial y privativamente, sino que resienten las consecuencias de la actividad económica, base de la historia.

Nuestra industria está en manos extranjeras. Yanquis e ingleses son dueños de nuestro petróleo y nuestra plata. Los ferrocarriles también están en sus manos. Franceses y españoles poseen fábricas de hilados y tejidos y grandes almacenes de lencería, en

donde comercian con los frutos de las industrias que rigen. El comercio de abarrotes y parte de la agricultura no son nuestros tampoco. En cada esquina de las calles de la Metrópoli o en las capitales de los Estados, un extranjero nos vende los elementos más indispensables para la propia subsistencia. Es decir, las fuentes de nuestra riqueza nacional no son nacionales. Comercio, industria y parte de la agricultura, se encuentran en el patrimonio de otras razas.

Los mexicanos nos hemos reservado la peor de las industrias: la política, la guerra y la burocracia. (La burocracia es una consecuencia pacífica y una organización social derivada de la guerra). Esta industria no es productiva. Es un negocio malo. No puede saciar las aspiraciones del hombre. Por esta causa somos tan pobres los mexicanos, aun cuando nuestro país sea tan rico. Los negocios pingües, los esfuerzos remuneradores, la virtud de «hacer valer» la tierra y sus dones, todo cuanto afianza y perfecciona a «la planta humana» sobre el suelo de una patria, enriquece a los extraños, beneficia directamente a otros hombres que saben, mejor que nosotros, el secreto de adaptar las cosas del mundo a los designios, siempre apremiantes, de la voluntad.

De aquí nuestro malestar y nuestra angustia. De aquí nuestra constante revuelta. México es un organismo inconexo que se debate en su propio dolor. La reforma, la gran reforma verdadera no está en cambiar las leyes sin cambiar o mudar el fondo de las cosas; sino en optar por otros medios de vida que, por sí mismos, obrarán la reforma política y moral. Somos pobres porque no trabajamos. La buena política es consecuencia del buen trabajo. Mientras nuestra única industria nacional, es decir, realizada por mexicanos para mexicanos, sea la guerra, el país será víctima de las convulsiones que lo desgarran.

Volvamos a la tierra que nos llama, a las minas y los telares. Esto enriquece porque produce. Abandonemos el frenesí delirante de la política, porque no más pobreza engendra, y alguna vez, habremos logrado la suprema ambición de los pueblos fuertes, esto es: la plena nacionalización de la patria.

El materialismo histórico nos condena a ser esclavos, en tanto no abandonemos la idea de que somos señores. Hoy, el trabajo vale más y la guerra y la política, menos. El día en que México sea un pueblo de buenos obreros, de buenos trabajadores, se habrá redimido para siempre. La nación se poseerá a sí misma.

ANTONIO CASO

México, diciembre de 1923.

(Revista de Revistas, México, D. F.)

Los Cinco Minutos de Mallarmé⁽¹⁾

VARIOS escritores encontraron, sobre su mesa, una hoja escrita con los primores de la máquina Hammond. Un anónimo literario. Decía así:

«El 14 de octubre de 1923, los miembros de la *Société Mallarmé*, de París, se reunirán en Valvins, a unos dos kilómetros de Fontainebleau, donde murió el Maestro, para consagrarle un recuerdo.

«Se propone que hagamos en Madrid una conmemoración semejante. Sin discursos. Un acto—por decirlo así—sin acto. Lo que a Mallarmé le hubiera agradado:

«CINCO MINUTOS DE SILENCIO EN RECUERDO DE MALLARMÉ.

«Sitio y hora: el domingo, día 14, a las once en punto de la mañana, en la puerta del Botánico que da sobre la Feria de Libros.

«Se cuenta con usted. Allí encontrará usted a sus amigos».

El primero en llegar fué José Ortega y Gasset. Lo ví cuando entraba en la calzada central. Lo llamé de lejos.

Era un día neutro, nublado y claro. Algo París de los años de 80... Sacudiendo el viento los ramajes de nubes, hizo caer escasas gotas. Luego, quedó el tiempo seguro; y había una frescura casi dulce.

Fueron llegando uno a uno, Eugenio d'Ors, Enrique Díez Canedo, José Moreno Villa. Y los más jóvenes: José María Chacón, Antonio Marichalar, José Bergamín, Mauricio Bacarisse.

El Botánico tenía una iluminación de vidrieras opacas, de taller fotográfico. Cada árbol, al paso, nos decía una palabra, como al estudioso Goethe en sus excursiones de naturalista: la palabra escrita en su etiqueta: Almez, Alerce, Sófora, Japonica, Pawlonia, Arce Sacarino.

Cada árbol, al paso, traía tejido en las ramas todo el ambiente de su paisaje propio: uno filtraba un cielo griego por entre su follaje claro; otro encuadraba un tenue horizonte japonés entre las antenas curvas de dos guías floridas; la torre del ciprés hendía—y lo creaba—el aire de Fiésole.

Azorín no puede venir. Asiste a un acto oficial.

—Es—dice alguien con una sonrisa, aludiendo al tradicional mutismo del escritor—, que no puede guardar silencio tanto tiempo.

(Aseguran que, una tarde, don Benito, *Azorín* y no sé qué matador de toros se encontraron en un parque.

Eran tres silenciosos. No hablaron una sola palabra. Se despidieron al anochecer, diciendo: «¡Qué buena tarde de hemos pasado juntos!»)

Y, en efecto, el hado travieso quiere que, hoy precisamente, *Azorín* cumpla deberes de orador público en cierta asamblea.

Juan Ramón Jiménez es víctima de las dolencias del tiempo; pero nos ha dicho: «Estoy con ustedes».

Y Ramón Gómez de la Serna tiene que asistir, a la misma hora, a un entierro.

—¡Qué competencia!— comenta Ors.

Ramón ha descubierto que, hace años, en el Jardín Botánico había una colección de fieras. Y un día, al leer en una tarjetita: «Alamo salvaje», cayó en la cuenta:

—Estos árboles—se dijo— son la metamorfosis de las fieras de antaño. Desconfiemos, sobre todo, de los llamados «Falsos plátanos»...

Nos internamos. A una parte, nos sale un cementerio de flores, con sus tarjetitas lapidarias. A otra, un parlamento de tiestos, anfiteatro donde se descubren la extrema izquierda, la extrema derecha, el centro y la presidencia de los debates. Hay unos asientos de tronco de árbol con respaldos: troncos para justicias rudas, última utilidad de los árboles muertos. Las arrugas de la raíz fingen piernas ocultas bajo unas faldas.

Buscamos un refugio. Todos estamos descubiertos. Y empieza la meditación, en silencio, bajo la mirada recelosa de un guarda distante.

Todo se acabó de un modo perfecto. Moreno Villa me dice:

—La frase final de la esquila lleva como enredada una firma invisible que yo he descifrado al instante.

Pero Becarisse dice a Ors:

—En cuanto recibí la esquila, comprendí que era cosa de usted.

Ors se contenta con exclamar:

—¡Qué alegría! Ha llegado ya la hora de la civilización. Yo lo había predicho cuando aseguré que nunca tendríamos civilización, hasta que las obras anónimas pudieran ser atribuidas, indistintamente, a cualquiera de nosotros.

Y salimos por la Feria de Libros, llevándonos en la conciencia—como tu *nefúfar blanco*, Maestro—unos minutos de recogimiento, robados a las fugaces horas.

Quiero saber lo que pasó por mí en ese breve rato. Ese breve rato—diría Góngora.—

(1) Sobre este mismo asunto escribió Eugenio D'Ors una fina glosa que reproducimos en el nº 12 del tomo en curso.

a la ausencia mil veces otrecido.

Procedamos a la introspección—corte transversal en el río de mi conciencia—con toda la sinceridad de un sujeto de laboratorio. Lo cierto es que no tuve grandes pensamientos, ni voy a inventarlos ahora. Varias ideas, varias imágenes, bailaban confusamente a un tiempo, acaso en distintas profundidades de mi escenario mental:

1º Una sensación de contentamiento general, un vaho de fraternidad con mis compañeros, y la vaga sorpresa de que un homenaje tan cándido se pudiera llevar a cabo, sin ironía y sin doblez, en medio de este escepticismo. Una como gratitud.

2º El temor de que el guarda, que nos miraba de lejos un poco asombrado, se decidiera a acercarse y a preguntar. Y la decisión—sin duda algo heroica—de salirle al encuentro al hombre, si daba un solo paso, para atajar su curiosidad, sacrificando mi silencio en aras del silencio de mis amigos.

3º Como resonancia del tema anterior, me andaba una idea boba por la conciencia: ¿Y qué hacer, si llueve, para salirle al paso a la lluvia, a medio cielo?

4º Por una asociación explicable, repetía yo interiormente aquel verso de Mallarmé: *Musicienne du silence*, y me acordaba—sin querer—de unos versos míos:

*No vale un canto sonoro
el silencio que te oí.*

5º Me acordaba también de aquel libro de Mauclair, *L'Art en Silence*, que fué, precisamente, mi única documentación crítica sobre la obra de Mallarmé, cuando en octubre de 1909, escribí por primera vez, sobre este poeta, un estudio publicado en cierto viejo libro mío. Y aquí apareció el propósito—ya lo estoy realizando—de rehacer ese estudio, escrito en la lengua imprecisa del adolescente.

6º Iba a decir que no hubo más, cuando me doy cuenta de lo mejor: allá, muy al fondo, en la parte liminar del alma, estuve viendo que se encendían y se apagaban, como luciérnagas, los ojillos vivos del poeta, iluminando aquella sonrisa cóncava, absorbente, que, en las noches de la Rue de Rome, atraía el alma de sus amigos y se quedaba, para siempre, con ella.

ALFONSO REYES

Madrid, 1923.

(*Revista de Revistas*, México).

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

Ultimos libros

JACINTO BENAVENTE

Por FEDERICO DE ONÍS

Instituto de las Españas, New York, 1923.

BENAVENTE acaba de estar en los Estados Unidos. Su estada no ha llamado la atención. Es natural, Benavente no es general ni millonario, ni ha cometido ningún escándalo internacional. Benavente ni siquiera es un escritor a la Blasco Ibáñez, es decir a la yanqui, al por mayor. Naturalmente para los españoles de aquí fué un acontecimiento estupendo porque para ellos—, aunque no le han leído—, es Benavente el dramata más grande de todos los tiempos. Benavente no será nunca popular en los Estados Unidos. Es demasiado sutil para el paladar yanqui. Después de don Vicente, Palacio Valdés ha podido hacer *pasar* aquí sus novelas pedestres. Baroja llama la atención de unos pocos con sus ataques de dispepsia. Unamuno llega hasta otros pocos como exponente de una España inquieta y honda.

Con motivo del viaje de Benavente nuestro querido crítico Federico de Onís ha escrito un opúsculo muy interesante en que define exactamente la personalidad de nuestro dramaturgo. El ensayo de Onís es modesto y se limita a dar datos precisos y a apuntar apreciaciones todavía inestables (por el desarrollo futuro de la personalidad) de Benavente. Hay en el ensayo una corta biografía, una bibliografía, estudio de las influencias y apreciaciones críticas. No ha puesto Onís en este ensayo el entusiasmo de sus ensayos filosóficos y a través del crítico se distingue la sombra del catedrático. Con todo, estas palabras de un crítico serio hacen más honor a Benavente que todos los artículos *impresionistas* de nuestros aduladores de profesión. Yo, sin seguir a López Velarde ni a Ventura García Calderón, habría escrito sobre Benavente un estudio similar al de este eminente crítico español.

LA MALHORA

Por MARIANO AZUELA

México, 1923.

EL autor de esta novela debe de ser doctor en medicina. Le traiciona su análisis crudo y despiadado. Es como si en un gabinete de anatomía le fueran partiendo lentamente el alma a esta Malhora. El autor aplica a su estilo algunos de los últimos métodos de Hacer de la escuela ultraista que aunque originales no dan las sensaciones intensas que el autor se propone. Sin embargo este estudio del bajo pueblo mexicano es digno de al-

banza por lo atrevido y por lo nuevo. Y sobre todo para nosotros los extranjeros que conocemos a los mexicanos en caricatura a través de ciertos novelones burgueses de los *clásicos* de México. Cuando el señor Azuela simplifique su manera culterana llegará a producir obras de gran intensidad. Por ahora el estilo desigual e incorrecto, intencionalmente así, atrae demasiado la atención del autor. Esta es una novela de avanzada. México está llamado a producir novelistas tan intensos como los rusos contemporáneos.

CREPUSCULARIO

Por PABLO NERUDA

Santiago de Chile, 1923.

PABLO Neruda es uno de los poetas más jóvenes de Chile. Entre ellos los hay que hacen obra original y rebuscada como Pablo de Rocka; otros como Meza Fuentes se encierran en un silencio hurraño y rebelde; los más entregan a las prensas periódicamente sus poemas; los menos (Mistral, Hubner, Morgad) rehusan darse en forma de libros porque todo libro es un estancamiento de la personalidad. La poesía chilena es tradicional y sobria. Muy pocos son los poetas que tratan de hacer obra singular, de romper los moldes establecidos. No es que sean imitadores sino que nuestra manera de expresión rechaza la pirueta y los papelitos de colores. Nuestros poetas más representativos Pezoa Veliz, Max Jara, Magallanes y Mondaca han sido conservadores y prudentes y de esta manera nos han dado una poesía serena y de valor permanente.

Pablo Neruda continúa esta tradición. En su libro *Crepusculario* se nota esta tendencia armoniosa y firme de los poetas que duran. Naturalmente su libro no hará sonar los panderos de la crítica del momento pero ya ésta es una señal de originalidad. En una época de renovación los más originales son generalmente los más impersonales. Por otra parte, su juventud y su sinceridad deben justificar las insuficiencias de su obra. Así lo pide él mismo en sus palabras iniciales:

He ido bajo Helios, que me mira sangrante
laborando en silencio mis jardines ausentes.
Mi voz será la misma del labrador que cante

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO N° 899

cuando bote a los surcos siembras de pulpa
 [ardiente.
 Cierro, cierro los labios, pero en rosas
 [tremantes
 se desata mi voz, como el agua en la fuente.
 Que si no son pomposas, que si no son
 [fragantes,
 son las primeras rosas—, hermano cami-
 [nante—,
 de mi desconsolado jardín adolescente.

En su poema *Oración*, lo mejor del libro, logra Neruda expresar su yo de una manera rotunda. Cuando defina su temperamento y aumente su poder de expresión será uno de los más seguros poetas del Parnaso chileno.

ARTURO TORRES RIOSECO

University of Minnesota,
 Minneapolis, U. S. A.

Diciembre de 1923.

HUELLAS

Por RAFAEL ESTRADA

San José, Costa Rica, 1923.

CADA artista tiene su propia modalidad de expresión que responde esencialmente a su íntima personalidad. De ahí que también entre los artistas existan las diferencias jerárquicas; pues unos están más lejos y otros más cerca de los dioses.

Huellas está troquelado con el sello de una fuerte personalidad; Cronos es quien podrá decir si la substancia de que está hecho es mármol o lodo.

Estrada ha sido sincero en su libro: ha querido significar, expresar aquello que en sí mismo considera más noble y eterno, su propio crecimiento consciente. ¿Qué es más del místico que del poeta señalar la «vía interna», el «camino» espiritual, las «huellas» en el polvo?

Pues bien, la modalidad y la esencialidad de este libro de Estrada es mística. ¿Es el libro poético dentro de su propia modalidad? ¡Indudablemente! Como son poéticos muchos pasajes de *Las Siete Moradas*; hay que recordar el *Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz*, síntesis de su intuición mística que él mismo glosó y allanó para el común sentido con el camino de suave gradiente de su prosa.

Poético es este libro místico, ya que es de índole generosa, pues quiere contar simplemente el camino de una alma hacia su ideal, sin pretender que ese ideal sea el Ideal; sin tener presente, como brújula de orientación, ninguna creencia ni dogma, entregándose a todos los vientos con la ilimitada libertad de sus vuelos! ¡Quieran los Dioses verdaderos serle propicios!

Muchos rechazarán el libro por lo que tiene de incomprensivo, (que para los más será lo más); otros lo acogerán como exponente de lo nuevo: pero lo esencial del libro no está en ninguno de estos extremos, está, para nosotros, en aquellos aciertos innegables como

concepto y como expresión con que Estrada enriquece la vida interior del que lee atentamente y luego hace examen de su propia psiquis. Léase: *Lucha, Dolor, Respuesta, El Ángel, Salutación*.

Hay que saber que Estrada no es un extático de palidez marfilina, sino un joven preocupado, ardoroso de pasión, luchador, reflexivo, escrutador de la vida y del misterio, que sabe amar, ambicionar y reír. Agrada, sobre todo, al cerrar el libro, el último poema que es el más sincero y trascendental grito de esta alma de poeta que encarándose a la hora presente apostrofa con valerosas palabras!

¿No considera Estrada que la musicalidad del verso, el ritmo, es un elemento de belleza esencial, que él debe cuidar más, como se lo ha hecho notar M. Vincenzi en el prólogo? ¿O es que hay en él una actitud consciente que le lleva imperativamente a postergar el ritmo, las más de las

veces, en vista de otros, para él más altos elementos estéticos? (Es un caso para reflexionar que este músico del violín, no sea un violinista en el verso; ya Rafael Cardona en sus ideas de estética trata el problema del valor estético de la música comparado con las otras bellas artes).

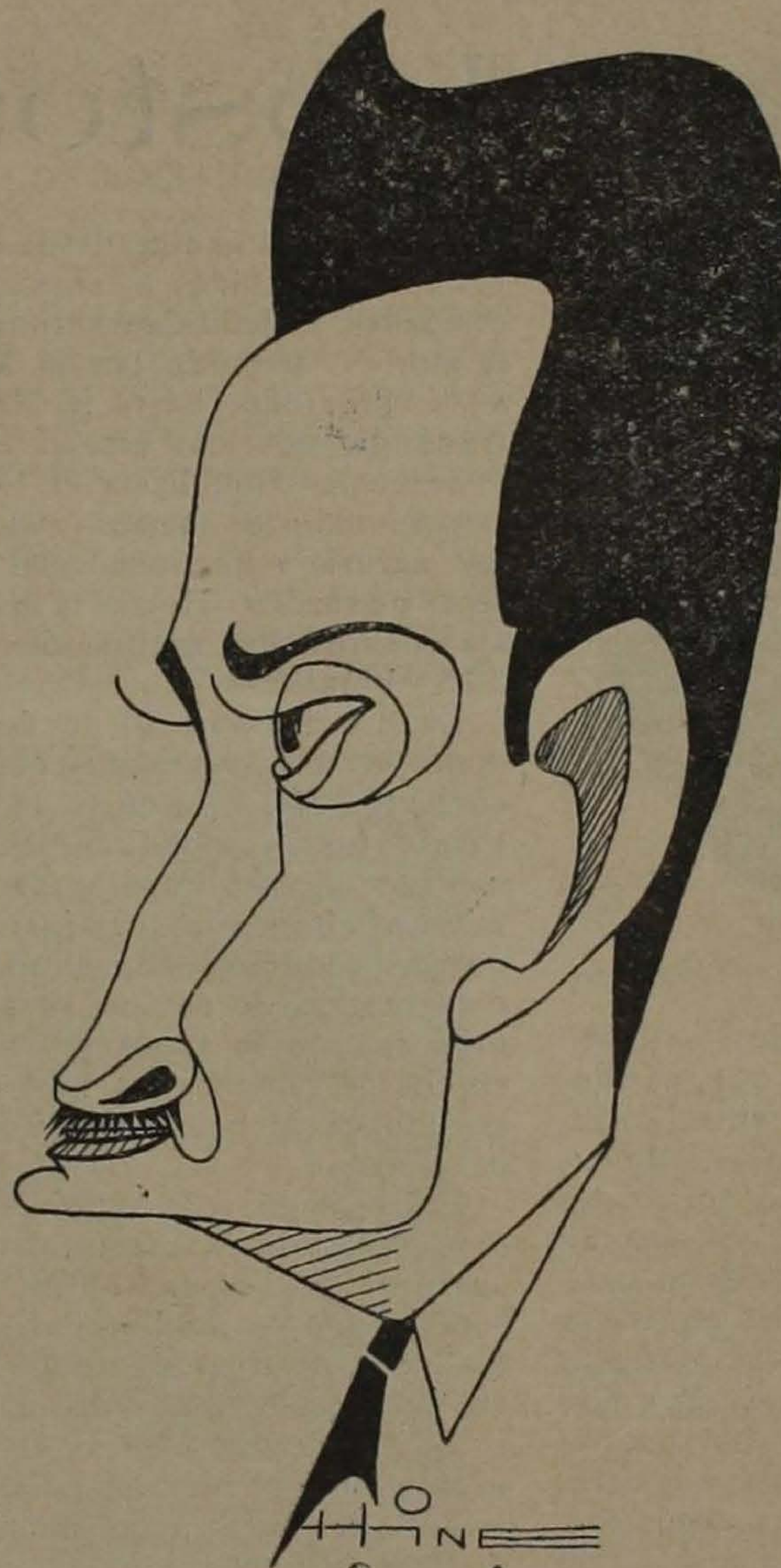
Las anteriores reflexiones nos las ha sugerido la lectura de *Huellas*; una verdadera apreciación del libro tendría que ser, así lo creemos, casi un comentario a cada uno de los poemas.

CARLOS LUIS SÁENZ.

Heredia, C. Rica, Diciembre. 1923.

Dr. Alejandro Montero S.
 MEDICO CIRUJANO

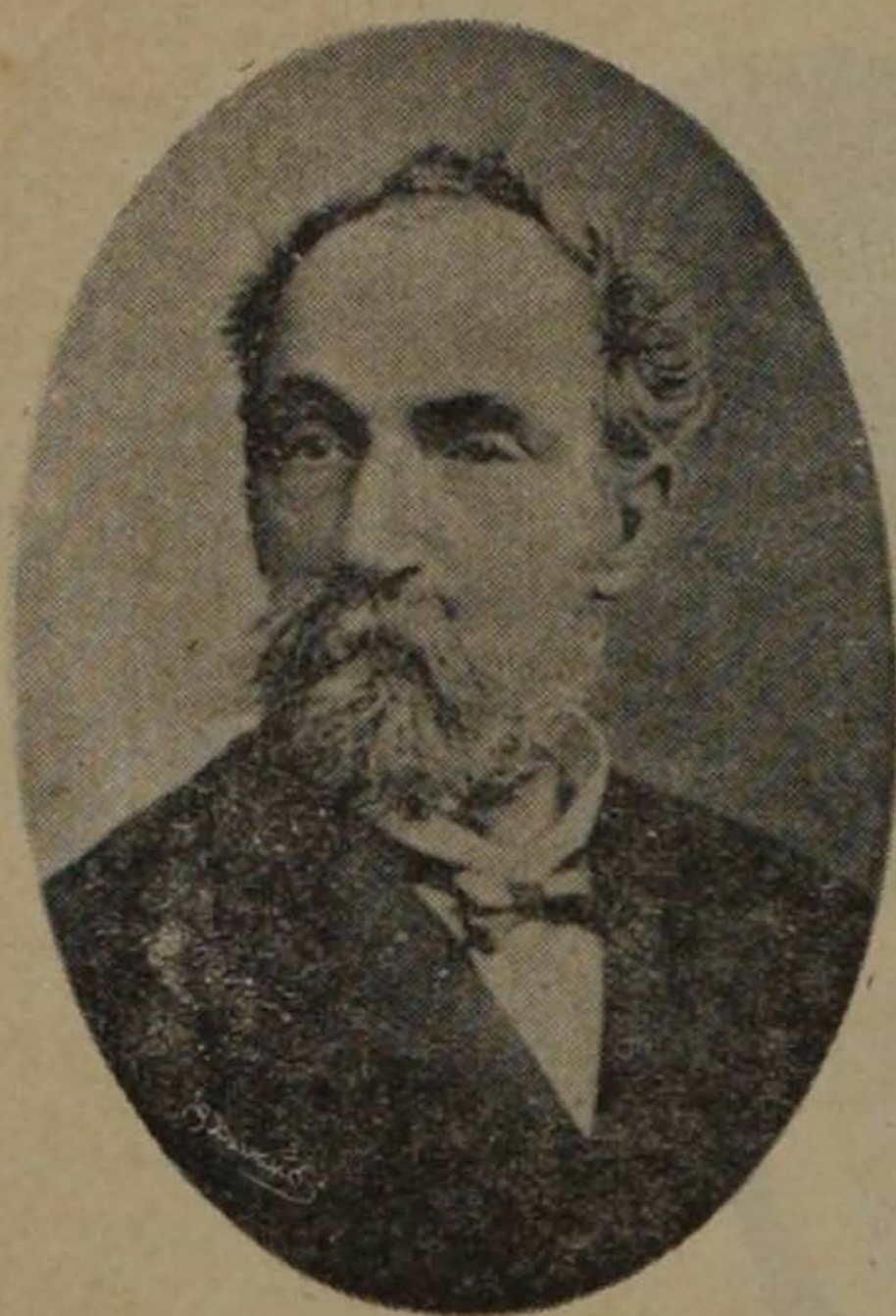
de la Universidad Real de Roma.
 Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.



Para mi amigo Rafael Estrada
 afectuosamente
 Enriquestine
 D. J. Nov. 1923

RAFAEL ESTRADA

(Caricatura de HINE).



Hostos, sociólogo

LA originalidad de Hostos como sociólogo consiste en que, no contento con repetir a sus antecesores, aunque valiéndose del depósito de experiencias legado, estudió por sí las sociedades que tuvo a la vista, estudió las sociedades históricas, y de su estudio sacó en limpio verdades generales nuevas. Por lo menos, sus verdades tienen mucho de la verdad. Por ello Hostos pertenece, aunque hasta ahora no se le haya reconocido así, a la egregia minoría de pensadores primarios.

La esencia de la filosofía social de Hostos surge tan majestuosa como la audacia del edificio de ideas que erige este pensador.

Por los fenómenos generales de la vida social se advierte un orden a que obedecen las sociedades. Este orden no puede existir sin leyes que lo fundamenten: esas leyes son las leyes naturales de la sociedad.

Como Hostos ha comprendido la actividad funcional del ser social en cinco géneros de fenómenos, las leyes naturales de la sociedad deben de corresponder a esas cinco actividades genéricas de la clasificación hostosiana.

Así es, en efecto.

Estas leyes funcionales se denominan: *Ley de Trabajo*, *Ley de Libertad*, *Ley de Progreso*, *Ley de Civilización o de Ideal* y *Ley de Conservación*. Pero, además de esas cinco leyes funcionales, existen las dos leyes generales que él nombra: *Ley de la Sociabilidad* y *Ley de los Medios*.

Veamos en qué consiste la ley de Sociabilidad.

Producto de la asociación de dos seres, el hombre, en ninguna época de su vida, puede desarrollarse y prosperar, sino en asociación de otros seres. Lo que ocurre al individuo ocu-

re también al grupo, desde el primer grupo constituido, a causa de las necesidades y debilidades individuales, la familia, pasando por el Municipio y la Provincia hasta la Nación. Al través de todas las escalas evolutivas —desde la tribu hasta el Estado internacional— la sociabilidad «es una ley natural a que obedecen todos los seres de razón». Hostos la define como «la constitución natural de las sociedades humanas».

La otra ley general, la de los Medios, no resulta menos constante y eficiente. He aquí cómo la enuncia: «Toda fuerza social, al pasar de un medio a otro, se quebranta».

Esta alteración de fuerza social puede producirse en sentido de más o en sentido de menos; en sentido de más, cuando la traslación se efectúa en ciertas condiciones favorables; en sentido de menos, cuando ocurre lo contrario.

En resumen: «El cambio de los medios modifica la efectividad de los agentes», y, por tanto, no se puede esperar que se produzca el mismo fenómeno social en distintas latitudes, en distintos tiempos de la Historia, ni en distintos estados de la sociedad, ni aun en el mismo tiempo en distinto estado, ni aun en el mismo estado en distinto tiempo.

En cuanto a las cinco leyes funcionales u orgánicas, no habría funciones sociales sin leyes sociales que preestablecieran el método necesario a la finalidad de esas funciones de orden colectivo.

Por lo demás, las siete leyes naturales que él ha descubierto servirán a futuros exploradores para dar un nuevo fundamento científico a las indagaciones de carácter sociológico.

Parece, a primera vista, que Hostos incurriera en contradicción entre su doctrina de sociólogo y su doctrina de moralista. Como sociólogo, en efecto, descubre leyes fatales, contra las que no puede el hombre insurgirse, mientras que, como filósofo moralista, predica la exaltación de la conciencia para la dignificación de la vida humana. (1)

Tenemos, pues, de un lado al hombre considerado como juguete de leyes fatales, cogido en un engranaje potente de que no puede librarse, y de otro lado tenemos que se preconiza la eficacia de la educación, el acrecentamiento de la inteligencia y la exaltación de la conciencia para que (el hombre) cumpla mejor su finalidad en el mundo.

Pero la contradicción resulta apa-

rente, si se recuerda que, según la ideología hostosiana, el hombre, supeditado siempre a la sociedad, tiende fatalmente hacia el bien — como la sociedad, supeditada a la euritmia del Universo, tiende fatalmente hacia el orden.

Así, pues, el hombre puede cumplir mejor su destino comprendiendo, gracias a un grado superior de inteligencia y de conciencia, el determinismo a que obedece.

* *

Hay una parte de la sociología de Hostos interesantísima de por sí, e interesantísima principalmente para los hispanoamericanos, por cuanto las sociedades americanas sirven allí de materia de estudio, y como ejemplo ilustrativo. Se trata de la sociopatía hostosiana o tratado de enfermedades sociales.

Siguiendo el concepto de que la sociedad es un organismo, apunta que todo ser tiene, desde su nacimiento, que morir o desarrollarse y vivir. Pero en la vida social, como en la vida animal, suelen ocurrir enfermedades. Estas enfermedades sociales pueden, algunas, ser congénitas y hereditarias; otras proceden de inadecuación del medio. El desconcierto económico, el desorden jurídico, el raquitismo moral, que ya por sí son males, engendran perturbaciones de linaje diverso.

Hostos disocia y estudia con su innata sagacidad filosófica múltiples desequilibrios sociales, desde los de carácter económico, carácter jurídico y carácter intelectual, hasta los de origen moral y los de índole mesológica. Expositor de innumerables perturbaciones que aquejan al organismo colectivo, Hostos formula preceptos de higiene y promulga nociones de terapéutica social.

Así, pues, Hostos resulta el primer pensador que ha descubierto y divulgado la posible eficacia de una terapéutica social.

* *

Observa y estudia en las sociedades modernas enfermedades económicas, enfermedades jurídicas y enfermedades morales. Especifica la exacerbación del sentimiento religioso, el neurosismo social, las pasiones políticas, el anarquismo, y apunta como pueden prevenirse y aun curarse esas y otras dolencias.

Pero circunscribiendo aquí las observaciones del sabio a lo que más in-

(1) Véase el número anterior

(Pasa a la página 282).

De la poesía moderna en México

LA CASA (Poema)

Por JAIME TORRES BODET

UN nuevo libro de versos y—sobre todo—de versos de hogar, es capaz de suscitar sospechas en el lector mejor dispuesto y más ávido de poesía. En nuestra América la producción poética es por modo extremo generosa; pero rara vez logra esta producción satisfacer las expectativas generales.

Decimos esto para confesar el franco recelo con que abrimos el último libro de poesías del cultísimo y laborioso poeta mexicano, señor Jaime Torres Bodet. Amamos tanto la poesía y desconfiamos tanto de que los poetas actuales logren hacer labor valedera tratando viejos temas, con modos de sentir siete veces arcaicos, que el entusiasmo que provoca en nosotros el anuncio de una nueva obra poética, es un entusiasmo parcial y tibio.

Encanta la sencillez del libro. Desde el principio al fin, se va en una penumbra sonreída, de íntimo tono menor. El poeta con un hondo sentido de lo que se logra con ese firme y claro sentimiento de la vida, la sencillez, emplea como técnica total del poema, la que naciera del seno, ya débil, de las letras francesas, con la aparición de Jules Renard y del pródigo Francis Jammes.

Mas, en la poesía de Torres Bodet, si hay algo de reminiscencia, hay también mucho de visión propia: un sentido personal de las cosas que enaltece, como ningún otro atributo poético, su estilo claro y lleno de discretos matices. Son de él, indiscutiblemente, ese impulso sereno del verso, la limpieza y contorno elegante de las ideas, y ese sentido místico (que quiere ser primitivo) de la vida, en la fiera y dulce compañía de la Amada, en la casa que han levantado los dos, cantando. En fin hay en su verso esa ondulación, el secreto ritmo de la verdadera poesía.

El tema familiar, tan acogedor e íntimo, pero tan difícil de lograr, por el estrecho cerco de sentimientos que delimita, por lo explotado en toda suerte de tonos, tiene en el libro que nos ocupa, un prestigio singular y nuevo. Una suave prestancia de amable abandono, de sincera intimidad se desprende de sus páginas con la penetración de un perfume largamente guardado, y que, al abrir el arcón, el viejo armario, el mueble que engrisa una letal capa de olvido, nos inunda y sorprende. Es la «casa» en la que todos hemos vivido idealmente, y en la que como elementos de ternura se mueven la Madre y la Amada. Es la

vieja y secreta ansia, existente en nosotros, los que nunca experimentamos el reposo, que sale a flor manifestándose, con toda su tranquila dulzura, en el hermoso poema, objeto de esta nota.

Agrada también, en todo el libro, ese afán discreto de depuración, sin que por esto se quite espontaneidad y ligereza al estilo. El señor Torres Bo-



JAIME TORRES BODET

det gusta del impresionismo y es en él un maestro. La proposición o estrategia de sus aspectos, es muy personal, pero nunca extravagante. Mantiene siempre con un admirable equilibrio, tanto la inspiración como la penetrante luminosidad de sus imágenes. La gracia inteligente y el vocablo linajudo se hermanan en ponderada sobriedad. La frase es sencilla, sin esa dolorosa sencillez que revela al miniaturista o al flaubertiano. La uniformidad del tono, trascendido por el espíritu familiar del canto, contribuye a dar, en gran parte, el sabor de una escondida felicidad que mana, en pulsaciones, fluidamente, del encanto solar y tibio que subyuga al poeta.

Y junto con la forma impecable, se admira la exquisita sobriedad del pensar y del sentir del escritor. Puede de-

cirse que este libro, como *Platero y Yo*, de Juan Ramón Jiménez, es un libro sin ideas. Sobrevive, empero, a su lectura, la pristina gracia de la imagen, animada por un vigoroso sentimiento de paz, de amor doméstico, de conformidad con las cosas que dentro de «la casa» reposan o se mueven.

Y ante esta obsesión «de hogar», «ardor apacible que da la dicha al hombre», el Poeta pospone todos los intereses del mundo. «En mi Huerto Cerrado—dice—habrá nacido entonces la flor de lo imposible», culmen o madurez de su vida. Desde ese momento el recóndito anhelo expresado se convierte en pasión y el canto se ilumina con esa luz íntima.

Hemos alzado el muro y hemos tendido el [techo, hemos abierto al claro del cielo las ventanas y hemos regado flores en el umbral estrecho. En una copa brillan las primeras manzanas.

¿Lo véis? La casa entera tiembla de amor [profundo. Si para hacerla amable la hicimos como el [mundo: ¡un vaso en que pudiera caber todo una vida!

Para no extender mucho esta nota, citaremos someramente algunos de los poemas que forman este admirable libro. Los dos primeros. *La Casa* y *La Carta*, son, sin duda, los más conmovedores. En ambos se siente la genial efervescencia de una emoción traducida en toda su intensidad con elegancia y fidelidad económica. *La Casa*, para valernos de un verso, «nos recibe con sus rosas que, desde el umbral, nos dan su bienvenida», y:

«Su lujo está en su ansia, que siempre ha de [animarla, de hacerse a cada huésped cordial y acoge- [dora, y si la oís que canta, pensad que está sonora del canto que cantábamos los dos al levan- [tarla».

La Carta, de una varonil ternura filial, está dirigida a la Madre del Poeta. Su lectura deja una sensación inconfundible de sinceridad, de amor puro, de fuerza equilibrada. Posiblemente en ninguno de los otros poemas la emoción llegó tan alta, ni la expresión fué más feliz.

No obstante es necesario que sientas en la [hondura de tu vientre de madre que soy el mismo de [antes: con un tallo más recio sostengo mi ternura y en un reloj más amplio cuento ya mis [instantes.

Mi mano, aunque acaricie, se está pronto [habituando a oprimir como oprimen las manos victoriosas; yo soy como esos árboles, de raíces nudosas; tienen el tronco duro pero su fruto es blando.

Merecen también llamarse a citas *La Mesa*, *La Hermana*, *El Armario* en los que campea en toda su

potencia el verso sencillo y elegante, tajado como un trozo de mármol. Son de líneas vigorosas y la emoción que contienen es justa y limpia.

De una manera general, nos atrevemos a asegurar que el libro del señor Torres Bodet se significa dentro de la lírica americana actual con poderosa acentuación, colocando a su autor, ya bastante conocido por sus libros anteriores, en la primera fila entre los poetas jóvenes de nuestra América.

ANTONIO ZELAYA

San José de Costa Rica.

Hostos, sociólogo.

(Viene de la página 280).

mediatamente atañe a los pueblos de Hispanoamérica, advertimos que Hostos encuentra en ellos, mayormente en algunos de la región intertropical, caracteres patogénicos, como la anemia fisiológica y el sensualismo satírico, y en todos, «porque entre tantas sociedades infantiles ni una sola nació con salud», el espíritu de imitación, la ineficacia del derecho, el politiquero, el militareo y el revolucionismo.

La mayor parte de sus observaciones son directas: hechas por él, concienzudamente, en pueblos americanos que conoce y estudia. En vano se buscarían páginas extranjeras que reemplacen, desde el punto de vista científico americano, a las del sociólogo de Puerto Rico «Los Estados de origen español —asienta— siguen siendo casos de sociopatía».

El politiquero, que es la única, por desgracia, de las enfermedades de la sociedad americana a que dedica análisis de alguna extensión, lo define así: «El politiquero es simple y sencillamente la costumbre de chismear, llevada a los asuntos de carácter público». Y como esas sociedades americanas se han desarrollado tradicionalmente, desde los días de Colón, fuera del Derecho, agrega: «Para arraigar esa mala costumbre («de politiquero, en vez de establecer y seguir una política») en los negocios de Estado no tenían que hacer ningún esfuerzo de voluntad ni de razón, y de la noche a la mañana aparecieron las gentes políticas de estos países como maestros consumados en el arte de la falsía, del embrollo y de la intriga». «La ignorancia de todos sirve perfectamente al encumbramiento de los pocos que se dedican a embrollarlo todo, con el objeto de ser ellos los árbitros de la vida general». Y termina su exposición de patología hispanoamericana con estas terribles palabras: «La función del Derecho (en tales pueblos) no puede en ninguna manera ser regular. Esta irregularidad

constituye la más peligrosa de las enfermedades jurídicas que pueden sufrir las sociedades humanas».

* *

Otra de las excelencias de la concepción hostosiana de la Sociología consiste en que equidista de la teoría «individualista», que pospone la sociedad al hombre, y de la teoría «socialista», que anula el factor hombre, en provecho de la sociedad. Hostos, en efecto, armoniza ambos extremos en una teoría sociocrática como la de Comte, reconociendo la doble influencia de la sociedad sobre el individuo y del individuo sobre la sociedad.

Esta teoría, que él llama orgánica, piensa Hostos que va mucho más lejos que la de Comte en reconocer la influencia social del elemento individual. Según esta teoría de Hostos, «la sociedad es una ley a que el hombre nace sometido por la Naturaleza, a cuyos preceptos está obligado a vivir sometido, en tal modo, que, mejorando a cada paso su existencia, contribuye a desarrollar y mejorar la de la sociedad». Sin el individuo no existe la sociedad; sin la sociedad no existe el individuo. La dependencia es mutua.

Sin embargo, este balanceo no existe sino en apariencia; la reciprocidad no es de idéntica entidad; el hombre, en la teoría de Hostos, y a pesar de lo

que Hostos piensa, queda supeditado a la sociedad.

La esencia de la sociología hostosiana se interna, lo propio que la esencia de la ética del mismo sabio, en regiones superiores del pensamiento, desde las cuales descubre—lo hemos dicho y repetido—una armonía persistente entre los fenómenos cósmicos y los fenómenos sociales, como obedientes unos y otros a indefectibles leyes de la Naturaleza.

Las ideas de Hostos, en este punto básico de su sistema sociológico no son, como se supondrá, mera divagación inútil ni desvarío de idealista.

Cree —repetámoslo por centésima vez— que existe una estrecha y armónica relación entre los hechos sociológicos y los cósmicos; cree que la sociedad es un aspecto particular de la Naturaleza, un fenómeno de orden natural, y que estando la Naturaleza sometida a leyes, la sociedad no puede no estarlo.

Esas leyes a que obedecen las sociedades, leyes que el genio de Hostos descubre y fija, sirven de hilo conductora buena parte de la sociología hostosiana. Ya las conocemos.

Descubriendo y comprendiendo la unidad de esa obra y la unidad de esa vida, resultan ambas más grandes: resultan del tamaño que son.

R. BLANCO FOMBONA

(El Sol, Madrid).

Una carta de Valle-Inclán

México, los Estados Unidos y España

SEÑOR director: Acabo de leer un artículo que con el título arriba escrito publica la revista de su digna dirección. No me extrañan las faltas garrales de este escrito historiando conflictos de gachupines y mexicanos, ni la falsa interpretación, ni el trastueque de los hechos. Todo ello se salva con esta aclaración ingenua, puesta como contera:

«No queremos asumir la defensa de una causa que desconocemos a fondo, pero creemos que los españoles de México deben ser oídos».

Harto oídos fueron los ricachos de aquella colonia por nuestros ministros

de Estado. Consignados a los tales salían de aquí los representantes diplomáticos, y no es un secreto el vergonzoso comercio que se intentaba reconociendo al Gobierno del general Obregón. La Colonia Española esperaba como prenda de gratitud el pago de cuatrocientos millones de pesetas en concepto de indemnizaciones. Se esperaba una violación de las leyes del país en pro de la Colonia Española. Un olvido del programa político al estilo de España. «Pero a pesar del reconocimiento continuaron las confiscaciones—escribe el anónimo articulista—, y añade: ¿Qué ha hecho entretanto el Gobierno de España? Cursar rotas, muchas notas». Eso ha hecho ciertamente. Esperaba que el conflicto en trámite con los Estados Unidos derribase al Gabinete del general Obregón. Los Gobiernos de España, sus vacuos diplomáticos y sus ricachos coloniales todavía no han alcanzado que por encima de los latifundios de abarroteros y prestamistas están los lazos históri-

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

cos de cultura, de lengua y de sangre.

La Colonia Española de México, olvidada de toda obligación espiritual, ha conspirado durante este tiempo, de acuerdo con los petroleros yanquis. Y aun cuando ahora, perdido el pleito, alguno se rasgue las vestiduras y se arañe la cara, nadie podrá negar que ha sido imposición de aquellos trogloditas avarientos, la política de España en México.

Hora es ya de que nuestros diplomáticos logren una visión menos cicatera que la del emigrante que tiene un bochinche en América.

VALLE-INCLÁN

(España, Madrid).

Dos folletos

Dos folletos hemos recibido en esta semana. Gracias a sus autores, por el envío.

Es uno:

Sur l'action a distance des champignons phytopathogènes, por el Dr. C. Picado.

Fué el Dr. Picado el representante de Costa Rica en el Centenario de Pasteur. Con este motivo asistió a la reunión de la Sociedad de Patología Vegetal y de Entomología Agrícola de Francia verificada en Estrasburgo el 4 de junio de 1923 y presentó entonces el trabajo sobre la acción a distancia de los hongos fitopatógenos. La investigación sustentada en este trabajo la hizo el Dr. Picado en la Estación de Patología vegetal de París. El Dr. Picado es uno de los investigadores serios y laboriosos de Costa Rica.

Es el otro folleto:

BIBLIOTECA DE LAS ANTILLAS.— Colección de folletos literarios, históricos y filosóficos. Autor: el Dr. Sergio Cuevas Zequeira, Profesor de la Universidad Nacional, Habana.

De los folletos que hemos recibido del Dr. Cuevas Zequeira, éste de que nos ocupamos ahora es el N^o VIII. Motivo: *Discurso leído en la recepción pública del Dr. SALVADOR SALAZAR en la Academia de la Historia* (27 de setiembre de 1923).

El Dr. Cuevas Zequeira es también Académico de Número.

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Página lírica

de Jaime Torres Bodet

LA CASA

...Pensad que está sonora
del canto que cantábamos los dos al levantarla.

Hemos alzado el muro y hemos tendido el
[techo,
hemos abierto al claro del cielo las ventanas
y hemos regado flores sobre el umbral
[estrecho.
En una copa, brillan las primeras manzanas.

La casa está completa. Quisimos, al hacerla,
darle un sentido bello. Por eso está radiosa,
por eso un alma late dentro de cada cosa
y cada piedra luce con una luz de perla.

Su lujo está en el ansia, que siempre ha de
[animarla,
de hacerse a cada huésped cordial y
[acogedora,
y si la oís que canta, pensad que está sonora
del canto que cantábamos los dos al
[levantarla.

Desde el umbral, las rosas os dan la
[bienvenida.
¿Lo veis? La casa entera tiembla de amor
[profundo,
¡Si para hacerla amable, la hicimos como el
[mundo:
un vaso en que pudiera caber toda una vida!

Queremos que una tarde, cuando su puerta
[se abra
a vuestra voz de amigos, deseosa de
[acogeros,
el cielo esté temblando con todos sus luceros
y el alma ya no pueda caber en la palabra.

Que, entonces, en la dulce presión de
[nuestra mano
sintáis como el aroma de nuestro huerto
[amigo
y que, al cerrar la puerta, dejéis en el
[postigo
la pesadumbre amarga de vuestro error
[humano.

CARTA

Las flores no han brotado...
¡parece que te esperan!...

Cuando regreses, madre, me encontrarás
[casado.
Verás a tu hijo lleno del ardor apacible
que da la dicha al hombre. En mi huerto
[cerrado
habrá nacido entonces la flor de lo
[imposible...

Me mirarás crecido. Un poco más robusto,
como conviene al hombre que manda a su
[destino,
y en mi vaso más hondo advertirás el gusto
del mosto de los años que hace más dulce
[el vino.

No obstante, es necesario que sientas en la
[hondura
de tu vientre de madre, que soy el mismo
[de antes:
con un tallo más recio sostengo mi terna
y en un reloj más amplio cuento ya mis
[instantes...

Mi mano, aunque acaricie, se está pronto
[habituando
a oprimir como oprimen las manos
[victoriosas;
yo soy como esos árboles, de raíces nudosas:
tienen el tronco duro, pero su fruto es
[blando...

Mientras te escribo, el cielo se mete por la
[puerta.
Está mediando agosto; en el calor profundo
hay zumbidos de abejas... La dulce flor del
[mundo
¿no es esta flor que miro sobre mi mesa,
[abierta?

La casa, con sus cuatro ventanas a la calle,
una calle de pueblo, triste y un poco
[angosta,
tiene el olor mojado de las casas de costa...
(¡Ay, mi casa de niño, se me perdió en el
valle!...)

Sus cuartos están solos... ¿No vienes a
[habitarlos?
Las flores no han brotado... ¡parece que te
[esperan!
Creo que si los pájaros de la jaula te oyeran
en vano trataríamos más tarde de callarlos...
Todo está preparado. La dicha está anhelosa
de conocerte. ¡Pienso que habrás sufrido
[tanto!
¡Si vieras cómo es dulce! ¡Tiene una faz
[radiosa
y unos ojos brillantes, como después del
[llanto!...

DESAYUNO

En una copa clara algunas uvas rojas...

Sobre la mesa blanca, unidos dulcemente,
el pan de la mañana y el vaso en que se
[irisa
el sol recién dorado. Que el agua de la
fuente
parezca ya bendita para empezar la misa.

Desayuno del campo. Manzanas entre
hojas
de un verde aceitunado, olor de un pan
[moreno ..
En una copa clara algunas uvas rojas
y en cada grano rubio la luz de un sol sereno.

EL PAÑUELO

...¿Qué llanto podría
reflorear las rosas marchitas de sus blondas?

Bordado, y como en sangre las iniciales
[rojas,

lo dejaste, esa tarde, sobre el lecho
[deshecho.
Tiene un relente extraño, como de rosas
[flojas
de haberse abierto mucho sobre el calor de
[un pecho...
Es breve, pero tiene la solidez del día
en sus ángulos fuertes y el cambiar de las
[ondas
en su tela flexible... ¡Ah! ¿Qué llanto podría
reflorece las rosas marchitas de sus blondas?

LAS FLORES

Y la vida podría irsenos en mirarlas...
¡Tenemos unas flores! ¡Unas flores tan
[bellas,
que la vida podría irsenos en mirarlas!
Tienen nombres tan dulces, que a veces, al
[nombrarlas,
nuestras voces parecen bajar de las
[estrellas...

LAS MACETAS

... ¡Tal vez así tuvieses
más flores en el tiesto de tu amor de mujer!
No sé de qué jardines, de qué vergel lejano
han traído esta tierra donde crece tu flor
preferida, la dulce, la que se abrió en tu
[mano,
la que no tiene espigas para herir tu candor.

Si lo supiera, iría, a través de los meses,
a bendecir la mano que la supo extraer
del surco en que dormía... ¡Tal vez así
[tuvieses
más flores en el tiesto de tu amor de mujer!
¡Iría a bendecirla y a bendecir el hueco
que dejara en la tierra y a bendecir el sol
que alumbrara ese hueco y a bendecir el eco
de mis mismas palabras, porque te hablan
[de amor!

LA LAMPARA

Tiene un aire severo de madre de familia
No sé de qué países en que la luz se pueda
tejer con el perfume, trajeron sus cristales,
pero su vidrio opaco tiembla como la seda,
y da un fulgor lloroso de perlas orientales.
A su redor, el mundo. Ella, en su centro
[claro,
con su radiosa esfera la eternidad concilia.
Tiene un aire severo de madre de familia
y, como yo de niño, no abandona su aro
ni cuando, en alta noche, la vence la vigilia...

LA HIGUERA

El que siembra una higuera
deshoja una esperanza.
Burlando los prejuicios tímidos de la casa,
plantamos esta higuera junto al muro
[encalado,
y estamos esperando, mientras el tiempo
[pasa,
que dé su fruto negro, como un dedo
[enguantado...
Los días se suceden y el corazón espera,
pero ni el fruto cae, ni la rama se cubre

y aunque renazca mayo o se deshoje octubre
es infecunda y sordida la sombra de la
[higuera.
Y sin embargo, vive... Su verde oscuro
[empieza
a dominar la tapia del jardín inconcluso
y en su tronco escondido, delgado como un
[huso,
enreda la desgracia su ovillo de tristeza.

Su sola vida estéril es como una enseñanza.
Tiene la fuerza adusta de una lección de
[antaño:
«La casa debe siempre dormir bajo un
[castaño;
el que siembra una higuera, deshoja una
[esperanza».

Reflexiono y comprendo. Mejor hubiera sido
escuchar los preceptos de aquella tía tonta
que se murió de tedio... La dicha no se
[apronta
como un hotel de invierno... ¡Hay que
[guardar el nido!

Hay que guardar el nido de las influencias
[malas
de los espejos rotos y de la mala higuera.
Los días se suceden... el corazón espera,
y ya la dicha empieza a replegar sus alas...

EL POZO

Y llenan con su llanto el pozo en donde bebo...
No sé, pero en la noche, oigo sobre la arena
pisadas misteriosas... ¡Están llenando el
[pozo
unas mujeres tristes, con un mirar de pena!
En la alta noche, escucho su trágico sollozo...
¡Están llenando el pozo! Cuando en las
[noches claras,
hay luna entre las frondas y perlas en la
[niebla,
me vengo a la ventana a ver cómo se puebla
el huerto, con las sombras de esas mujeres
[raras...
No me han hablado nunca, y siento, sin
[embargo,
que con su llanto llenan el pozo en donde
[bebo ..

Por eso hay cada día como un sentido nuevo
en sus aguas salobres y de un sabor amargo...

LAS SIRVIENTAS

En sus cabezas tristes no cabe
[el pensamiento.
Cuando la noche cae, se juntan en el hueco
de la puerta, repiten consejas familiares
y entre sus manos flacas, como de lino seco,
van pasando las cuentas de sus lentos
[collares...
Aun tiempo mismo, rezan y se acuerdan de
[alguna
travesura inocente de mi infancia perdida...
«¡El niño» (como dicen) tuvo mala fortuna!
¡La corona que sueñan, se la robó la vida!
Hablan de mis tristezas con un tono
[amargado
(parece que la culpa fuese tan sólo mía)

—¿Se acuerda, Tomasita, cómo estaba
[educado?
—¡Cuánto leía siempre!— ¡Y qué pronto
aprendía!

En sus cabezas tristes no cabe el pensa-
[miento
de que, sabiendo tanto, «el niño» se haya ido
a buscar aventuras, abandonando el nido,
y a besar otras bocas y otro nuevo tormento...

Y que se haya ido para volver, cansado,
con unos ojos muertos y unos gestos seniles,
a remover cenizas del hogar apagado
y a acariciar recuerdos de pálidos perfiles...

Hubiera sido fácil seguir la senda justa:
casarme, tener hijos y esperar la partida
con las ramas floridas y la raíz robusta...
Pero un soplo ignorado me deshojó la vida...

Estoy mirando que oran, sentadas en el
[hueco
de la puerta, las viejas sirvientas familiares
y entre sus manos flacas, como de lino seco,
oigo temblar las cuentas lentas de sus
[collares;
y pienso, entre la dulce caricia de la luna,
qué fin halló en mi alma esa niñez querida...
«¡El niño» (como dicen) tuvo mala fortuna!
¡La corona que sueñan se la negó la vida!

LA CUNA

¡Ya encendimos la antorcha!
Hoy, ya junto a la cuna, la voz me tiembla
[toda
y me nace el escrúpulo de estar violando
[un rito...
Me acuerdo, sin quererlo, de esa noche de
[boda,
de un cielo azul de luna y de un beso
[infinito.
Estábamos unidos, bajo el espacio eterno,
como hoy, pero una dulce ternura nos
[faltaba:
¡el amor de ser padre, que hace al hombre
[más tierno
y a la esposa la vuelve leal como una
[esclava!
El cielo, como ahora, se abría inmensa-
[mente
pero estaba, esa noche, tan huérfano de
[estrellas...
No tenía este grave temblor amaneciente,
como de mar lejano o de palabras bellas...
¿Te acuerdas? El perfume de la sombra
[sonora
nos envolvía entonces como hoy, y sin
[embargo
no sé qué nos faltaba... Quizá el sabor
[amargo
y dulce de las lágrimas que hacen bueno al
[que llora...
Las cosas nos rodeaban con un ardor
[malsano
y el porvenir estaba todo lleno de errores...
¡Ibamos a querernos!... Pero estaba tu mano
tan cerca de la rama, que secaba las flores...

Hoy, ya junto a la cuna, nos une un ansia
[quieta;
pensamos: «¿si ha de sernos cruel el que
[esperamos?»
Y tú: «¡Que sea fuerte! ¡Lo he soñado
[poeta!»
Y yo: «¡Que sea buena! ¡Yo la he visto entre
[ramos!»
¿Qué importa lo que fuimos y lo que fué esa
[llama
de amor?... ¡Aquella noche la perdimos al
[viento!
¿Lo ves? Junto a la cuna ya no sé si te ama
mi corazón henchido de su presentimiento.
Lo que amamos ahora, es, en un ser diverso,
el mismo afán eterno de continuar la vida...

¡Ya encendimos la antorcha, la antorcha
[inextinguida!
¡Y ahora, que crepita, con sus llamas, el
[verso!...

EL NIÑO

Y Dios junta en un punto
sus líneas infinitas.

La noche luminosa se enreda a sus manitas
como el hilo dorado de una bola de seda.
Así, en manos del niño la eternidad se
[enreda
y Dios junta en un punto sus líneas infi-
[nitas.

(Del tomo *La Casa*, México, 1923)

LAS ELECCIONES BRITANICAS

Cada Gobierno tiene el país que se merece

CUALQUIER europeo del continente ha de sonreír a la vista de los procedimientos de propaganda electoral usados por los ingleses. He aquí dos carteles de las actuales elecciones: en uno, bajo una lluvia torrencial, aparecen Ramsay Macdonald, el líder laborista, cubriéndose con un guñapo que le sirve de bandera y paraguas y donde se lee la palabra *Socialismo*; a su lado, Asquith, y cogido de su brazo, Lloyd George, minúsculo y travieso, maltapados los dos por un paraguas roto, donde se lee: *Libre-cambio*, y a continuación, Baldwin, bien resguardado por un paraguas flamante, que es el proteccionismo. El otro cartel representa una mujer que mira melancólica a un plato de frutas y a unos tarros de mermeladas, y debajo, estas dos sentencias: «Si los gravan con impuestos, no podremos comprarlos. ¡Votad al liberal y evitad los impuestos!»

El simplismo que alcanza la propaganda electoral en Inglaterra es verdaderamente edénico. Los discursos y escritos electorales acaban resumiéndose en aforismos y fórmulas que parecen destinados, más que a hombres maduros, a chicos de escuela primaria. Los dibujos, sobre todo, sin malicia, desprovistos del menor toque de sátira y agudeza, suelen ser monumentos de ingenuidad, como si fueran hechos para convencer a párvulos. Difícilmente se encontrará un pueblo más infantil que el inglés, si se exceptúa a su pariente el norteamericano; un pueblo de inteligencia tan lenta, tan incapaz de comprender un razonamiento algo abstruso o complejo. Todo hay que reducirlo a ejemplos y expresiones pueriles, a síntesis tan elementales, que un deficiente mental podría entenderlas. Y, sin embargo, una demo-

cracia tan inocente y candorosa, que de tales medios necesita para enterarse de los problemas más arduos y graves, interiores y exteriores, que se le plantean a ningún pueblo contemporáneo, elige unos parlamentos e indirectamente unos gobiernos que, sin duda alguna, aventajan a todos los del mundo en competencia y eficacia, en pureza y visión histórica.

Este milagro de selección realmente aristocrática, obrado por una democracia inculta y simplista, es una prueba de que no siempre se cumple el dicho de que cada país tiene el Gobierno que se merece. Hay poderes públicos superiores al pueblo de donde dimanan. Cuando un Poder público está a la altura o por debajo del pueblo de donde debe proceder, la culpa, más que del pueblo mismo, es de los que dicen representarlo, de los que se envilecen descendiendo a su nivel o más abajo, en lugar de purificarlo y obligarlo a elevarse. Más justo sería decir que cada Gobierno tiene el país que se merece.

En Inglaterra, como en todas partes, hubo caciquismo y corrupción. Como puede suponerse, la excelencia del régimen parlamentario inglés no data

del origen del mundo: es una conquista lograda laboriosamente a lo largo de los siglos. También se coaccionaba allí al elector, amenazándole con múltiples formas de violencia si no votaba a los oligarcas de turno; su libertad y su pan corrían serios peligros cuando no entregaban su voto a los señores que disponían de las leyes y de los instrumentos de trabajo. Tampoco era desconocido el soborno electoral en sus infinitas variedades, desde la compraventa directa del voto hasta su adquisición por medios difusos y solapados, con promesas y dádivas en especie. Sería necio pensar que el inglés es un santo político ya desde que nace, y el español un canalla desde el propio claustro materno. Tales clasificaciones son demasiado simples para servir de ningún provecho.

Probablemente, el elector sin libertad o corrompido y el candidato corruptor o tiránico hubieran continuado siéndolo por los siglos de los siglos, en Inglaterra como en otros países cuyo ejemplo más eminente es España, si no hubieran aparecido minorías consagradas a velar por la pureza del sufragio. Es rara la nación de régimen parlamentario que no posea leyes para castigar los delitos electorales de coacción y soborno. Pero no todas las cumplen. También los españoles las tenemos, bien terminantes; pero no las cumplimos: eran pocas las actas de diputados a Cortes que venían del todo limpias en España; los atropellos de todo orden, desde el encarcelamiento hasta el cerco por hambre, singularmente en los distritos rurales, eran infinitos; las compraventas de votos, escandalosamente ostensibles hasta el cinismo más repulsivo, pues el tanto por ciento de actas anuladas, como se sabe, era ridículamente desproporcionado al número y calidad de delitos. De castigos de inhabilitación a electores y candidatos por infracciones de la ley Electoral, no se habla: jamás se ha impuesto ninguno. Los Tribunales más altos, en los juicios de actas a Cortes, pasaban por las mayores iniquidades y corruptelas. Había encanallamiento arriba y abajo; pero abajo había también opresión, falta de liber-

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

tad para disponer del voto, y a quien no era libre para votar, ¿cómo puede hacerse responsable de que no se cumplieren las leyes que castigan a los infractores electorales? Es como decir que si un crimen queda impune cabe la misma culpa a la víctima que al delincuente.

En Inglaterra se han cumplido y se cumplen las leyes contra la corrupción del sufragio. Por eso es hoy el más puro de la tierra. Los electores del extremo inferior de la escala social no hubieran podido nunca lograr esto por sus propias fuerzas e iniciativas, unos por ser débiles y otros por ser indiferentes a la pureza electoral. Tampoco lo hubieran concedido espontáneamente los gobernantes, porque la coacción y el soborno suyos eran armas más cómodas y seguras que el libre arbitrio de los electores para mantenerse constantemente en el Parlamento y en el Poder. La reforma de costumbres electorales fué obra de minorías celosas de la pureza del sufragio, organizadas en ligas activas e implacables, que recogían todo atropello y denunciaban toda compraventa, para llevar tales delitos a los Tribunales correspondientes, sin escatimar trabajo ni otros sacrificios hasta que lograban plena justicia con el castigo de los culpables.

Se dirá que ese procedimiento hubiera sido estéril en España, porque los órganos de la justicia eran hechura de la oligarquía y el caciquismo y jamás hubieran sentenciado contra sus manipuladores. Es probable. ¿Pero también es el pueblo responsable de tales ramificaciones de la corrupción desde arriba? De todos modos, fuera de tal o cual lamento aislado de los periódicos, nunca intentó aquí nadie purificar el sufragio, que reflejó, naturalmente, en la hondonada las ilegalidades de las cimas. Los candidatos tenían los electores que se merecían y no al revés.

La purificación del sufragio en Inglaterra, lograda desde arriba, por intervención de grupos escogidos de la sociedad, ha hecho que los candidatos se vean obligados a depender, no del abuso de su poderío, oficial o económico, sino de su honradez e inteligencia. De ahí que un régimen de libertad y pureza electorales lleve a la paradoja de que una democracia ingenua y poco culta como es la inglesa seleccione hombres de alta valía moral e intelectual. Puede equivocarse una vez y otra y no elegir siempre a los mejores; pero la inmediata experiencia parlamentaria y gubernativa esclarecerá su error, si existe, y podrá corregirlo en elecciones sucesivas, porque tiene libertad para hacerlo y no tiene libertad para corromperse.

La norma de un régimen la dan, pues, en suma, las minorías gobernantes

o aquellas que con su crítica y su intervención marginal, fuera de los órganos propiamente políticos, contribuyen a depurarlos y perfeccionarlos. Si a un pueblo se le corrompe u oprime desde arriba, no es justo hacerle luego responsable de la inepticia de sus corruptores y opresores. Las leyes y formas de su aplicación no las hacen los electores, sino sus representantes. No se merecen siempre los pueblos los gobiernos que tienen, porque si así fuera no habría progreso posible y la Historia estaría gobernada por un fa-

talismo absoluto, independiente de toda voluntad humana; pero, en cambio, cada régimen sí se merece el país que tiene, porque éste será libre o esclavo, puro o corrupto, según lo que el régimen haya hecho de él. Todavía está la Humanidad en un estadio demasiado inicial de infancia política para creer que los pueblos hacen los sistemas, y no los sistemas a los pueblos.

LUIS ARAQUISTAIN.

(La Voz, Madrid).

SOLILOQUIOS DE UN ESPAÑOL

La católica España y la libertad religiosa

¿Qué habéis hecho de Italia? ¿Qué habéis hecho de España?», clamaba Víctor Hugo en la Cámara francesa, al discutirse la ley Falloux, apostrofaando a la representación de las derechas ultramontanas, sobre las que veía alzarse la sombra histórica del fanatismo intolerante.

Y en párrafos cortados, encendidos como relámpagos, el gran poeta, al contestar al discurso del obispo de Langres, describía la triste suerte de esas dos grandes naciones bajo la férula secular del clericalismo. La gloriosa Italia, madre de los genios y de los pueblos, la que enseñó a leer al género humano, era entre todos los Estados de Europa el que entonces—, a mediados del siglo XIX—, tenía una mayor proporción de analfabetos. La España ilustre, magníficamente dotada por la Providencia, civilizada por los romanos y por los árabes, vió declinar su espíritu luminoso al convertirse, con adversa fortuna, en el campeón de la unidad católica frente a la libertad de las conciencias... «¡He ahí

vuestra obra! ¡Ese hogar ardiente, que se llamaba Italia, lo habéis extinguido! ¡Ese coloso, que se llamaba España, lo habéis arruinado! ¡He ahí lo que hicisteis de dos grandes pueblos!...»

Han pasado setenta años desde esos románticos apóstrofes victorhuguescos. Los caminos de los dos pueblos no tardaron en separarse. Renació, liberal, Italia, recobrando su grandeza bajo la dinastía excomulgada de Saboya. España, en cambio, continuó en su postración; a la vez que enfeudada a su pasado, vino a ser—, cuando el Tratado de Berlín impuso a Turquía el libre ejercicio público de todos los cultos—, el único país de Europa que no aceptó el principio de la libertad religiosa. Vió España ponerse su sol en las Antillas, mientras Roma—, aquella atrasada Roma papal que había prohibido la vacuna y el alumbrado público, como instituciones extranjeras...—, resurgía otra vez, capital radiante del mundo latino.

• •

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

Mas no toda la tradición española es de intransigencia religiosa. Momentos ha habido en que en la Península, durante nuestra gloriosa Edad Media, convivían con amplia tolerancia cristianos, musulmanes y judíos. Rey de las tres religiones, «Señor de las tres leyes», llamábase con orgullo Alfonso VII, el emperador castellano. En más de una ocasión, la rudeza de los cristianos se educaba con el arte exquisito de los árabes y solicitaba en la cámara de los reyes el consejo de los sabios hebreos.

Honor y grandeza de España fueron, ciertamente, los musulmanes como Averroes y los judíos como Maimónides; hermanos nuestros, de quienes no podemos ni queremos renegar; compatriotas insignes por la libertad del pensamiento y la profundidad del saber. Debemos recordar con patriótica complacencia que en España ha habido, junto a la cultura cristiana—, menores quizá, pero no inferiores—, una cultura musulmana y una cultura israelita. ¿Y cuándo fué, indiscutiblemente, España, por su civilización, el primer pueblo del mundo? Lo fué en los siglos IX y X, con los árabes del Califato.

La expulsión de judíos y de moros, gran crueldad histórica, estableció en nuestra patria ese tipo de unidad mental que halaga a la peor tendencia del espíritu castizo: la unidad que nace, no de la fecunda armonía y rica diversidad de las creencias contrapuestas, sino de la ciega exclusión de todo libre disentir y todo ajeno pensar. Los islamitas desterrados que, en las costas de Marruecos, recuerdan todavía nuestra común historia, labrada en los arcos de la Mezquita y en los patios de la Alhambra, tienen derecho a esperar que, al cabo de los siglos, sea una España más tolerante la que aspira a ejercer sobre ellos la misión del Protectorado. Y los judíos de Oriente, tras de un doble destierro, se vuelven aún hacia nuestras playas con la añoranza melancólica de su habla vieja castellana. «¡Perdimos la santa Sión! —¡Perdimos también España—, la tierra de consolación!»

* *

Ese violento afán de unidad, de uniformidad espiritual, que no tanto brota de las convicciones profundas como de las mentes débiles y angostas, nos costó desangrarnos en Europa durante los siglos XVI y XVII. Transportado de lo religioso a lo político, ese mismo afán unitarista, uniformista, nos hizo perder en el siglo XIX el imperio colonial de América. Hora es ya de que sanemos de esta secular propensión, torpe de la instintiva repugnancia con que, dentro de una tribu, se miraba al hombre de la tribu vecina, que vestía de otro modo, ha-

blaba otro lenguaje y adoraba a otros dioses.

Este mismo unitarismo confesional ahogó, en nuestro siglo XVI, bajo las cenizas de las hogueras del Santo Oficio, la obra de los disidentes españoles que, en Sevilla, en Valladolid, por ejemplo, atraía a algunos de los espíritus más selectos de la época, en relación con el movimiento general de Europa. Olvidamos que las disidencias son fecundas. *Opportet haereses esse*. Si España hubiera pasado por la Reforma, no sería en general, protestante, como no lo son Francia o Italia; pero el propio catolicismo español tendría aquel sentido más abierto, razonable y tolerante que tiene la religión en los demás países europeos.

Con el odio con que antaño miraba a los disidentes, ha mirado hogaño el vulgo gregario, lo mismo a los evangélicos que a los librepensadores, krausistas, almas independientes, cristianos no confesionales. Entre esos hombres, sin embargo, estaban Sanz del Río, Fernando de Castro, Giner de los Ríos, Salmerón, Pi y Margall, Azcárate, Calderón..., algunos de los más grandes españoles contemporáneos y algunas de las conciencias más puras, libres y hondamente religiosas. Y, no obstante, si en vida se les hubiera podido todavía llevar a la hoguera en la Plaza Mayor!...

No olvidemos, si hablamos en nombre de toda la nación, que existe esta España del cementerio civil, en el que tantos patricios ilustres reposan en la divina paz, como existe la España de los católicos camposantos, donde duermen también en la paz del Señor otros hijos no menos preclaros de nuestra raza y de nuestro hogar. Todos son igualmente españoles. A todos les acogió la tierra, y «toda tierra es sagrada». Dios es Padre de todos los hombres; lo mismo de los que oraron en el templo de Jerusalén que de los que adoraron sobre el monte de Sincar; lo mismo del judío ortodoxo, observador de la Ley, que del samaritano herético, pero humano y caritativo, del que habla con encomio el Evangelio. Hay lugar para todos los que sirven al Espíritu y a la Verdad. «No se turbe vuestro corazón», decía Jesús. «En la casa de mi Padre hay muchas moradas...»

¡Qué las haya también en esta nuestra casa paterna de España, moradas iguales en dignidad y en libertad, para todos los hijos de este suelo, que, con unas u otras creencias, buscan con recta voluntad el bien público, aman la justicia y comparten los comunes dolores y las comunes esperanzas!

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

Imitación de Gracián

UN río corre, manso y anchísimo, por la llanura. Cierra el horizonte—a la derecha y a la siniestra mano—una tupida selva. En el río, las espadañas gráciles, las cañaveras quebradizas crecen profusamente en las riberas y ponen una margen verde, azul verdosa, entre las aguas y la tierra. En la selva se elevan hasta el cielo de añil troncos rectos, troncos elegantemente sinuosos, por los que reptan y se agarran gruesas lianas. Sombroso follaje cubre la columnata de los troncos; acá y allá, sobre la uniformidad de la selva, se yergue, altivo, algún árbol, con su festón de verdura. El cielo está limpio de nubes. Lo cruza rauda, silencioso, de rato en rato, un pájaro de pintoresco plumaje,

En la llanada se ve un caminito que avanza desde el lejano bosque. Al llegar al medio del ancho ámbito, el caminito se parte en dos. Por cada uno de estos caminos, en esta clara y radiante mañana, avanza un viandante. El uno es blanco y sonrosado; es moreno, cobrizo, el otro. Los dos marchan lentamente, abstraídos, con la cabeza baja. Cuando están cerca del cruce de las vías, cada uno se percata

de la presencia del otro. Entonces se pinta en sus semblantes el más vivo espanto, y los dos vuelven precipitadamente las espaldas y comienzan a correr por donde habían venido. Se han alejado ya un gran trecho, y entonces se paran y tornan la cabeza para mirarse. Los dos ven que se miran y que se hallan parados. Otra vez, después de haber permanecido un instante inmóviles, comienzan a caminar lentamente, recelosos, atemorizados, hacia el cruce de los caminos.

Lo hemos dicho ya, pero lo diremos otra vez: uno de estos pobres viandantes es blanco, sonrosado; el otro es moreno, cobrizo. Llegan de nuevo, pasito a paso, casi encogidos, a la encrucijada de antes. A medida que se han ido acercando, el caminar es más despacioso. Se acercan más todavía. Se detienen. Uno a otro se miran con atención. Los semblantes de uno y otro se serenán. Se acercan todavía más. Casi van a sonreír. En el lugar donde se cruzan los caminejos se hace a manera de un enhiesto y suave cabezo. Los dos viandantes están ya en lo alto, frente a frente. En lo alto del cabezo se parecen dos piedras redon-

das. Los dos caminantes se sientan en las piedras redondas. En este momento, un león que ha salido de la selva y que venía por la llanura, se ha llegado hasta obra de cuatro varas de los viandantes y se ha detenido sentado en sus posaderas. Los dos viandantes, sin estremecerse, sin hacer el más ligero movimiento, han comenzado a hablar:

—¿Viandante?—ha preguntado uno.

—Viandante—ha replicado el otro.

Y a continuación le ha preguntado, a su vez, al compañero:

—¿De esta tierra?

—No; de muy lejos. ¿Y tú?

—Yo, de esta tierra.

El viajero de esta tierra era el de la faz morena, cobriza; el de muy lejos era el del semblante blanco, sonrosado.

Apenas habían cambiado estas cuatro palabras, cuando ha llegado, con su andar silencioso y elástico, un tigre. El tigre se ha sentado al lado del león. Los dos viandantes ni siquiera han pestañeado.

—¿Qué hacías tú en tu tierra?—ha preguntado el cobrizo.

El blanco ha replicado:

—En mi tierra yo era un pobre carpintero; tenía un modesto taller. De la mañana a la noche, yo estaba trabajando con las sierras, con los escoplos, con las limas, con las gubias...

Cuando pronunciaba estas palabras el viandante blanco y sonrosado, se ha visto llegar de los cielos profundos una magnífica águila real. El águila ha llegado cerca del suelo, y plegando sus anchas alas se ha parado junto al león y al tigre.

El viandante blanco ha preguntado al cobrizo:

—¿Y tú qué haces en esta tierra?

El viandante cobrizo ha contestado:

—Yo era un pobre curtidor; adobaba toda clase de pieles. De la mañana a la noche, yo labraba las pieles suaves y las pieles recias, y las teñía de los más bellos colores, y las ponía primorosos realces.

Las aguas del río se han removido. En las espadañas y cañaveras se ha producido un ligero rumor, y ha asomado por la verde espesura la cabeza de un caimán. El caimán ha salido del agua, y lentamente ha ido a colocarse al lado del león, del tigre y del águila.

—¿No tenías amigos en tu tierra?—ha preguntado el viandante cobrizo.

—¡Ay!—ha suspirado el otro viajero—. Yo tenía muchos amigos; pero ya no los tengo. Mis amigos eran un labriego, un tejedor, un herrero, un albañil, un talabartero...

Sin que los interlocutores lo vieran, ha ido aproximándose a ellos una recia, rotunda y luenga serpiente. Brillaba, rebrillaba su piel lucidora. La

serpiente ha avanzado hasta donde se hallaban los viandantes, y se ha detenido replegada y encogida.

—¿Y tú? ¿Qué amigos tienes aquí?—ha preguntado a su vez el blanco al cobrizo.

—¡Ay! Yo tenía muchos amigos y ya no los tengo—ha dicho el interrogado—. Mis amigos eran también un labriego, un herrero, un alarife, un porteador de agua, un tejedor...

Un lobo, con sus orejas enhiestas y puntiagudas, ha aparecido de pronto. El lobo ha ido a colocarse silenciosamente, al lado del león, del tigre, del caimán, del águila y de la serpiente. Los dos viandantes continuaban departiendo con perfecta calma y placidez. Las fieras formaban en torno a los dos un círculo de espectadores inmóviles y callados. Atentamente miraban todas a los dos pobres hombres.

—¿Y has tenido que marcharte de tu país?—ha preguntado el cobrizo al blanco.

—¿Y has tenido tú que dejar tu casa?—ha preguntado a su vez, sin responder a la pregunta que se le hacía, el viandante sonrosado.

Y los dos han exhalado un profundo suspiro. Las fieras les contemplaban silenciosas. Y he aquí que en el horizonte, a la mano derecha, ha aparecido una muchedumbre que avanzaba. El viandante blanco ha mirado hacia esa parte, y se ha levantado de un salto. Su faz ahora estaba pálida. En el horizonte, también, a la mano izquierda, ha surgido una multitud. El viandante cobrizo ha escudriñado hacia esta parte, y de otro brinco se ha puesto asimismo en pie. Su faz estaba igualmente demudada. Las dos muchedumbres de la lejanía avanzaban. Y entonces, los viandantes y el león, el tigre, el caimán, el lobo, la serviente, todos revueltos, todos precipitados, llenos de horror y espanto, han comenzado a huir. El águila, prestamente, batía sus anchas alas en el azul.

Alfonso Reyes, el fino erudito—artista y erudito—, acaba de publicar un libro singular. Se titula *Visión de Anahuac* (1519). El libro de Reyes es

una descripción espléndida de la Nueva España en los tiempos de la conquista. La prosa del autor se desenvuelve precisa, limpia, vivamente coloreada.

Asistimos materialmente a una vida que no hemos vivido. Ante nuestros ojos se extiende un panorama de campos y ciudades que no conocíamos. ¿Qué pensar de esta remota civilización? ¿Cuál debe ser la actitud de nuestro espíritu ante este magno problema de la historia? Españoles y americanos tenemos nuestros antecesores en los hombres que pacientemente, a lo largo de los siglos, han labrado una civilización. En las dos civilizaciones, quienes han laborado son los hombres humildes, pobres, que han preparado el ambiente en que han podido crecer—y no hubieran crecido de otro modo—las maravillas del arte y las investigaciones científicas. Son esos, y no otros, nuestros verdaderos antecesores. Y hallamos en esos antecesores—y no en nadie más—la comunidad espiritual que ha de unir a españoles y americanos.

La historia de la humanidad no son los genios. Los genios no podrían surgir sin los millones de obreros laboriosos y tenaces. La humanidad española y la humanidad americana—bases de la civilización, millones de obreros—han surgido de iguales dolores a través de los siglos, han trabajado lo mismo, han soportado las mismas intolerancias y las mismas opresiones. Dejad que los dos grandes pueblos se den un abrazo efusivo pensando en sus antecesores humildes que sufrieron y trabajaron.

Alfonso Reyes, en el epílogo, breve y elevado, de su *Visión de Anahuac*, llega a una conclusión de humanidad, de piedad y de independencia. Merece plácemes nuestro amigo. Y merece aplausos sinceros también por la labor tan limpia y amorosa que realiza, día por día, de informar al público de su Patria del movimiento intelectual español.

Hombres como Alfonso Reyes honran a su Patria nativa y a la tierra española.

AZORIN

(A. B. C. Madrid).

Si pesca un dolor
de cabeza tome
Obleas Cefálicas

Tienen cafeína

